

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

EL CIEGO ORGULLO DE LA RAZA

EL CIEGO ORGULLO DE LA RAZA

CLARK CARRADOS



Colección ¡KIÁI! n.° 27
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



COLECCION ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

22 —Un castillo en Escocia. —*Clark Carrados.*
23 —La cripta del Dios de jade. —*Curtis Garland.*
24 —Lección de supervivencia. —*Lou Carrigan.*
25 —¡Adiós, millones, adiós! —*Ralph Barby*.
26 —El silbido de los «shuriken». —*Ray Lester*.

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 16.798 — 1977
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: junio, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1977

CAPÍTULO PRIMERO

DELIBERADAMENTE, *Budd* Baxter dejó que la gente fuera saliendo del teatro, a fin de evitar las lógicas aglomeraciones, tras la función que tanto éxito tenía de público y crítica. Baxter, muy bien acompañado, confiaba en que la diversión continuaría ahora, aunque de un modo muy distinto, en el apartamento de la hermosa mujer que tenía al lado.

La noche estaba fría, desapacible y, por si fuese poco, lloviznaba. En el asfalto, las luces de Broadway componían una detonante sinfonía multicolor. Los coches pasaban rápidos, las raquetas moviéndose rítmicamente para limpiar de agua el parabrisas. Del Norte bajaba un vientecillo muy poco agradable.

Bajo la marquesina del teatro, Baxter se cruzó sobre el pecho la bufanda de seda blanca y se ajustó el abrigo negro, mientras, a su lado, la hermosa rubia que le acompañaba, se arrebujaba en sus pieles de armiño. Un galoneado portero hizo una seña y, un poco más arriba, un lujoso «Cadillac» negro empezó a moverse para situarse en el lugar adecuado.

Baxter se retocó el sombrero de ala abarquillada. De pronto, alguien extendió su mano hacia él y dijo:

—¡Una limosna, por el amor de Dios!

Los ojos de Baxter fueron hacia la figura envuelta en harapos, que solicitaba una dádiva. Baxter vio un rostro ajado, bajo un pañuelo, que tapaba mal unos cabellos grises, y también divisó unos zapatos rotos, que no ofrecían ninguna protección a los pies de la pedigüeña.

De repente, la mujer retiró su mano.

—No, no… —dijo ahogadamente.

El «Cadillac» se había parado junto a la acera. Tim Koye, criado y chófer de Baxter, se mantenía junto al automóvil, la gorra en 5a mano y la portezuela abierta con la otra.

Baxter dio un paso hacia adelante y agarró a la mendiga por los hombros.

—Dime que no me engaño —exclamó—. Dime que tú no eres…

Ella retrocedió, pero Baxter la retuvo con firmeza.

—¡Por favor, déjeme, señor! —pidió la mujer.

El portero, que parecía un almirante, se acercó, obsequioso:

—¿Desea que llame a la policía, señor? —consultó.

—No. Llame a un taxi —ordenó Baxter.

La rubia dio un taconazo en el suelo.

—Budd, ¿te has vuelto loco? Deja a esa arpía…

El portero estaba junto a la acera, moviendo el brazo. Un coche amarillo se detuvo en el acto.

—El taxi es para ti, nena —dijo Baxter—. Nos veremos otro día.

La rubia se quedó con la boca abierta.

—Pero…

Baxter ya no le hacía caso. Su mano derecha, aferrada en torno al brazo de la mendiga, hizo que la mujer avanzase hacia el «Cadillac».

—¡Tim, a casa! —ordenó Baxter.

El chófer no se inmutó siquiera cuando vio que aquella pobre mujer, tan desastradamente vestida, entraba en el coche. Cerró la portezuela, corrió a ocupar su sitio y dio el contacto.

En el asiento posterior, la mendiga lloraba calladamente.

Baxter se sentía terriblemente conturbado.

—¡Dios mío, encontrarte así! —dijo, mientras prendía fuego a un cigarrillo con mano nerviosa—. No acabo de creérmelo, Marpha. Tú pidiendo limosna por las calles…

Ella seguía llorando. Baxter cerró los ojos. Marpha Still-Brown, hermosa, adorable, mimada por la fortuna y el éxito, joya de la alta sociedad, rostro indispensable en toda revista que se preciase un poco, fiestas fastuosas, huésped frecuente de la Casa Blanca… y ahora, pidiendo limosna por las calles de Nueva York.

Pero eso había sucedido muchos años antes. Y hacía ya una enormidad de tiempo, que Baxter no tenía la menor noticia de una mujer que había sido la reina de los salones, no sólo en Nueva York, sino en las capitales más importantes del país: Chicago, Washington, San Francisco…

Al cabo de unos momentos, abrió los ojos, sacó su pañuelo y se lo entregó a la mujer.

—No llores —dijo—. Nos hemos encontrado y te ayudaré.

* * *

Cuando estuvieron en su lujoso apartamento, Baxter hizo que Koye preparase bebidas. Quitó el pañuelo de la cabeza de Marpha y contempló aquellos cabellos grises. Doce años antes, había allí el pelo negro más bonito que Baxter había visto en su vida. El rostro era terso, casi de una adolescente, pese a que Marpha había alcanzado ya la cuarentena. Ahora… sí, vista con los ojos indiferentes de la juventud de una rubia con pieles de armiño, parecía una bruja.

En silencio, Koye trajo las bebidas.

—Tengo que decirte algo, Budd… —murmuró ella.

—No hables —cortó Baxter—. Tim, prepara el baño para la señora.

—Sí, señor.

—Aquí, en casa, como es lógico, no tengo ropas de mujer. Sin embargo, podrás ponerte uno de mis pijamas y una bata. Mañana te comprarán lo que sea necesario. Marpha, ¿tienes hambre?

—No, no es hambre lo que me abruma, Budd.

—Tómate esa copa. Cuando te hayas bañado, hablaremos. Y quiero que me cuentes todo con absoluta sinceridad, ¿entendido?

Marpha esbozó una tímida sonrisa. Baxter vio lucir de nuevo aquella hermosa dentadura, cuyas treinta y dos piezas estaban tan intactas como en la época en que empezaron a sustituir a la dentición de leche.

—No creo que puedas hacer gran cosa, Budd —dijo ella—. Yo lo he intentado todo… y ya ves en qué he acabado.

—Tenías dinero, juventud, hermosura… No puedes haberlo perdido todo como por arte de magia.

—Si conocieras la verdad…

—La sabré después, Marpha.

Koye apareció en aquel instante.

—La señora tiene el baño preparado —anunció.

—Muy bien, anda, Marpha.

Ella se levantó. Al quedarse con su criado, Baxter dijo.

—Prepara algo de cena fría y café abundante. Luego puedes irte a la cama. Mañana, sin embargo, habrás de madrugar para comprar ropa a la señora Still-Brown. Ya te dejaré una nota con sus medidas.

—Bien, señor. ¿Me permite el señor una observación?

—Por supuesto, Tim.

—Sospecho que el señor se dispone a iniciar una nueva aventura. Yo también, en tiempos, oí hablar de la señora Still-Brown y me imagino que su situación no es fruto de la casualidad. Apostaría algo bueno a que el señor quiere ayudarla.

—Tim, hubo un tiempo en que la señora Still-Brown y yo estábamos muy unidos. Duró muy poco, pero fue una época maravillosa. Sin embargo, no debes olvidar que la discreción es la virtud del hombre prudente.

—El hombre prudente es siempre desprendido y generoso, además de valiente, señor.

Baxter sonrió levemente. Tomó la copa y la contempló al trasluz durante unos segundos.

Su mente volvió al pasado. Doce años: una mujer hermosa, ardiente, apasionada… Él tenía entonces veinte años. Marpha le doblaba la edad, pero tenía el cuerpo de una adolescente.

Aquella hermosa mata de pelo negro, que llegaba hasta la cintura… Suspiró.

El tiempo pasaba, pero los recuerdos quedaban.

Marpha apareció media hora más tarde. Baxter le indicó una silla, junto a la mesa bien provista.

—Has dicho que no tenías hambre, pero no lo creo —sonrió—. Y siempre tuviste la buena fortuna de poder comer todo lo que te apetecía, sin preocuparte de tu línea.

Ella se sentó.

—Budd, no sabes cómo te agradezco…

—No me des las gracias; quiero ayudarte, simplemente. Pero empieza ya a comer.

Marpha obedeció. Al cabo de unos minutos, Baxter, satisfecho, vio color en sus mejillas.

—Se trata de mi nieto, Budd —dijo ella.

—¡Ah, se casó tu hija!

—Sí, pero murió hace cuatro años.

—Lo siento. No lo sabía… a decir verdad, no sabía absolutamente nada de ti. Claro que recuerdo a Fraser; iba a ser tan hermosa como su madre.

—Y lo fue. Fraser se casó tan joven como yo; a los dieciocho años. Un año después, nació mi nieto. Ella murió poco después de cumplir los veinte. Sospecho que fue asesinada por su propio esposo.

Baxter frunció el ceño.

—Supongo que tu yerno tiene ahora el niño en su poder —dijo.

—Sí. Legalmente, tiene todos los derechos. Pero yo no quiero que viva con él.

—¿Por qué?

—¿Has oído hablar alguna vez de Jerry Crolin?

Baxter se puso rígido.

—Ese *gángster*…

—El mismo. Budd, Crolin enloqueció a mi hija. Fraser se casó con él, contra mis consejos. No pude evitarlo, ¿comprendes?

—Sí, pasa con demasiada frecuencia. ¿Qué sucedió después?

—El testamento que dejó mi esposo era un tanto extraño. La mayor parte de su fortuna iba a parar a su hija, cuando alcanzase la mayoría de edad. Ciertamente, no me dejó desamparada, pero yo sólo era fideicomisario de los bienes de Fraser. Cuando se casó, Crolin luchó legalmente para conseguir apoderarse de la fortuna. Bueno, de un modo oficial ejercía también de fideicomisario de los bienes de su mujer. A mí me quedaron algunas acciones, una casa en Long Island… y poca cosa más. El grueso de la fortuna fue para Crolin.

—En resumen, un buen *golpe*.

—Sí, un golpe perfectamente planeado. Lo peor de todo fue la desilusión que sufrió mi hija. Poco después de la boda, se sentía ya muy desgraciada, aunque no me dijo los motivos. Ni siquiera dos años después, en vísperas de su muerte, conseguí saber qué le había causado semejante decepción, aunque yo me imagino que en ello tuvo mucho que ver el descubrimiento de la verdadera calaña de su esposo. Después, quedó embarazada, nació el niño…

—Y las cosas parecieron arreglarse un tanto, ¿no?

—En apariencia, así sucedió. El niño tenía un año cuando ella sufrió un accidente de automóvil.

—Si fue un asesinato, resultará dificilísimo de probar, Marpha.

—Lo sé. De todas formas, ella ya está muerta y no se puede hacer nada por volverla a la vida. El niño es quien me interesa. Tú no conoces bien a Crolin, ¿verdad?

—He oído muchas cosas de él, pero ninguna buena.

—Crolin siente el orgullo de su estirpe y quiere que el niño sea como él cuando se haga mayor. ¿Cómo puedes pensar que yo he de consentir que mi nieto sea educado, ya desde niño, para que un día sea jefe de una poderosa organización criminal? El abuelo de Crolin asaltaba todavía trenes en el Oeste; yo le he oído jactarse de sus hazañas. El padre era una figura famosa en los años locos de Chicago, antes siquiera de que Jerry hubiese nacido… Imagínate ahora qué porvenir le aguarda a mi nieto. He luchado desesperadamente contra Crolin y ello ha consumido todo lo que me quedó. Si él fuese otro hombre… Pero el hijo de mi hija no puede ser un día cabecilla de una banda de rufianes, asesinos y extorsionistas.

—Marpha, te comprendo perfectamente —dijo Baxter—. ¿Dónde está ahora el niño?

—No lo sé —respondió ella—. Crolin está perfectamente enterado de mis intenciones y lo ha hecho desaparecer.

—¡No lo habrá asesinado! —se alarmó el joven.

Marpha sonrió tristemente.

—No podría matar a la gallina de los huevos de oro. La mitad de la fortuna de Fraser pertenece al niño. Y son unos cuantos millones, créeme, Budd.

Baxter se tiró del labio inferior.

—Marpha, ¿crees que necesitarás un sedante para dormir? —consultó.

Ella se llevó a los labios la copa de vino.

—Esto es todo lo que necesito, Budd —respondió.

Capítulo II

AL día siguiente, muy temprano, Baxter entró en su cuarto de comunicaciones.

George Washington Baxter, Budd para los íntimos, poseía una acreditada agencia de recortes de prensa, situada en otro punto de la ciudad. Baxter tenía líneas directas con la agencia: telefónicas y de televisión. Denis Gray era su director y conducía el negocio con pulso firme y a plena satisfacción del propietario.

El cuarto de comunicaciones era una estancia que Baxter había hecho instalar, tiempo atrás, en su propio apartamento. Muy pocos conocían su existencia, ya que se hallaba situado al otro lado de un mamparo, que prestaba a la sala un aspecto enteramente normal. La pared que ocultaba el cuarto de comunicaciones se deslizaba a un lado, cuando Baxter tenía necesidad de utilizarlo.

Una vez estuvo al otro lado, la pared volvió a su sitio. Baxter se sentó frente a una pantalla de televisión y tocó una tecla.

El rostro enérgico de Gray apareció en el mismo instante.

—El médico irá ahora mismo, Budd —dijo Gray.

—Gracias a Dios, disfruto de una salud perfecta, Denis.

—No, no puede ser. Estás gravemente enfermo. Llamarme a las ocho y cinco de la mañana… Anda, ponte un termómetro…

Baxter se echó a reír.

—Será mejor que tapes el frasco del vitriolo —contestó—. Bien, necesito informes de Jerry Crolin.

Gray silbó.

—Entonces, lo que vas a necesitar es un dentista —dijo.

—No seas fúnebre, hombre. Crolin no va a romperme los dientes…

—Te los romperás tú, tratando de luchar contra un hombre que es una potencia en la ciudad. ¿Sabes cómo le llaman?

—El Pulpo o algo así, ¿no?

—Te equivocas. Ese apodo está ya muy gastado. Le llaman Sistema Nervioso, porque, al igual que en el cuerpo humano, sus ramificaciones llegan hasta los más recónditos rincones de la ciudad y aun del país. Déjalo, Budd, sea lo que sea; Crolin es mucho peor que cuarenta molinos de viento.

—Los molinos de viento son siempre eso: molinos de viento. Denis, sé bastante de Crolin, pero hay datos que ignoro. Por ejemplo, su o sus abogados; sus más fieles subordinados, sus amistades, sus

residencias… Eso es lo que me interesa. Porque de sobra sé que es un individuo sin escrúpulos, que hace desaparecer incluso a los que tosen sin su permiso.

—Como quieras —dijo—. Pero cuando me pides eso, es porque tienes algún interés en ese tipo, ¿no?

—Sí, lo tengo. Denis, dejaré conectado el télex. Cuando hayas consultado tus archivos, envías los informes. Ya los leeré más tarde.

—De acuerdo. ¡Ah! y ponte una buena armadura, Don Quijote.

Baxter sonrió.

—Este caso merece la pena —dijo.

—Sí, me imagino que lo merece. Alta, esbelta, figura de hurí, ojos rasgados… ¿De qué color es el pelo?

—Gris, casi blanco, y ya tiene un nieto.

Gray se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera decir nada, la imagen de Baxter se había desvanecido ya en la pantalla.

Antes de abrir la pared deslizante, Baxter miró a través de lo que parecía un espejo y era un cristal transparente por aquella cara. No, Marpha no se había levantado todavía. La apreciaba mucho, pero no sentía el menor interés en divulgar algo que le convenía mantener en secreto ante el mayor número posible de personas.

* * *

En su lujoso despacho, Jerry Crolin despachaba la correspondencia, acompañado de Evans Kissel, su secretario y hombre de confianza, cuando, de pronto, sonó el teléfono.

Kissel levantó el aparato.

—Oficinas del señor Crolin —dijo.

—Soy Ernie. Tengo algo que decirle —manifestó el que llamaba.

Kissel pegó el aparato contra su pecho.

—Es Ernie —murmuró.

Crolin alargó la mano.

—¡Habla! —ordenó.

—Ella está en casa de un tal *Budd* Baxter. No sé quién es, pero parece que se conocían de antiguo. Ese Baxter la recogió anoche, a la salida del Epphillon. Debe ser un tipo de pasta, porque tiene coche con chófer.

—Está bien, Ernie. Dame la dirección.

Crolin escribió algo en un papel.

—Gracias, eso es todo por ahora, Ernie —dijo.

El papel fue a la mano de Kissel.

—Que se encarguen Milo y Toby. Posiblemente, ese tal Baxter debe

de ser un antiguo amigo, cuando ella lucía en la alta sociedad. Simplemente, quiero que le den un susto, nada más.

—Y que la eche de su casa.

—Exactamente.

—Bien, no se preocupe más del asunto.

Mientras Crolin volvía a la correspondencia, Kissel hizo una llamada telefónica.

* * *

El teléfono sonó a poco de haber terminado Baxter su conferencia con Gray. Baxter levantó el aparato y, en el mismo momento, oyó una voz sarcástica:

—Habrá sido una noche maravillosa, supongo.

—Cynthia, cariño, no me lo reproches… Tenía que hacerlo.

—Ya, ya me lo imagino. Oí un nombre y recordé algunas cosas, que permanecían dormidas en el fondo de mi mente.

«¡Qué párrafo tan infame!», se escandalizó Baxter.

—Ha sonado un timbre de alarma en tus archivos mnemotécnicos, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir eso de memotrist… mematon…? —preguntó la mujer, muy amoscada.

—No te preocupes, nena, era un elogio. ¿Por qué no levantas el velo que cubre tus archivos?

—Sé quién era la mendiga. Y sé que tuvo bastantes jaleos con Crolin. Por causa de su hija, claro.

—Cynthia, ¿qué sabes al respecto?

—Te diré algo, si me prometes una cosa.

—Prometido lo que sea, preciosidad.

—Ven a cenar esta noche conmigo a mi casa.

—Aunque no me dieras más que un poco de pan y agua, iría andando sobre las manos —dijo Baxter, simulando entusiasmo, a fin de halagar a la hermosa acompañante, a quien había dejado plantada la víspera—. Bien, dime ahora de qué se trata.

—Calle Ciento Nueve Oeste, trescientos catorce. Se llama Beaton y es médico.

—¿Qué especialidad es la suya, Cynthia?

—Ginecología.

—¡Oh, comprendo! Pero ¿cómo sabes…?

—Hace unos años, yo fui a consultarle. Me crucé con Fraser Still-Brown, después Crolin. O quizá ya se había casado con Crolin, no puedo precisar la época. Pero sé que era la hija de la mendiga.

—¿Crees que el doctor Beaton puede decirme algo interesante? Se escudará en el secreto profesional, nena.

Cynthia Mac James lanzó una risita.

—El doctor Beaton tiene la moral de una piedra, es decir, ninguna —contestó. —Hermosa, empiezo a sospechar cuáles fueron los motivos de tu visita a ese médico —dijo Baxter.

—No pienses mal de mí; yo no haría una cosa semejante por todo el oro del mundo. Puede que te parezca una desaprensiva, pero todo tiene un límite. Simplemente, me lo recomendó una amiga y fui a consultarle. Creía que iba a tener un niño, ¿comprendes? —Sí. ¿Qué pasó?

—Estuve muy pocos minutos. Beaton no me gustó en absoluto y luego fui a un médico decente. El diagnóstico resultó negativo.

—Ya entiendo. Bien, nena, aguárdame a las siete y media en punto.

—Si me fallas, te sacaré los ojos.

—¡Son tan seductores! —rió Baxter.

Resultaría interesante hablar con el doctor Beaton, se dijo, después de colgar el teléfono. ¿Había ido Fraser a evitar que naciese el hijo concebido de Jerry Crolin?

Koye llegó en aquel momento, cargado con un montón de paquetes. Baxter lo condujo hasta la puerta del dormitorio de Marpha y tocó con los nudillos.

—¿Marpha?

—¿Sí, Budd?

—Aquí, delante de la puerta, tienes ropas. El desayuno estará listo cuando te hayas vestido. Ah, si no te agradan, discúlpanos…

—No te preocupes, Budd.

Marpha apareció media hora más tarde, vestida con un sencillo traje azul oscuro, con cuello y puños blancos. El pelo aparecía bien peinado y su cara tenía mejor aspecto, aunque, por supuesto, no era el hermoso rostro que Baxter había conocido doce años antes.

Koye sirvió el desayuno con silenciosa eficiencia. Marpha paseó la mirada por el interior del departamento.

—Entonces tenías veinte años y aún no habías terminado la carrera de derecho —dijo—. ¿Qué haces ahora?

—Tengo negocios. Marchan bien —contestó él, evasivamente.

Marpha suspiró.

—Por primera vez, en mucho tiempo, he dormido nueve horas de un tirón —dijo.

—Me lo imagino. Marpha, ¿en alguna parte tendrás equipaje…?

—Anoche llevaba puesto todo lo que tenía —contestó ella—. Hacía

ya cuarenta y ocho horas que me habían expulsado del hospedaje por no poder pagarlo.

—Entonces, no se hable más. Te quedarás aquí hasta que todo esté resuelto.

—¿Crees que conseguirás resolver algo… que no tiene solución?

—De eso puedes estar segura —respondió Baxter.

—Budd, el niño no me importaría tanto si su padre fuese otro —dijo Marpha—. Aunque se hubiese casado con Fraser por dinero, cosa perfectamente comprensible, si luego hubiera resultado decente… Pero ya conoces la fama de Crolin.

—Sí, la conozco demasiado bien. Marpha, ¿te habló alguna vez Fraser del doctor Beaton?

—No. ¿Quién es?

—Sé que lo visitó en cierta ocasión y que es especialista en ginecología. Pero carece de moral, ¿comprendes?

—¡Oh! —murmuró ella—. No sé, se me hace tan difícil que Fraser pudiera pensar en… —Tú misma dijiste que se había sentido decepcionada de su esposo. Quizá quiso interrumpir el embarazo.

Marpha calló.

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Los hijos nos ocultan, a veces, cosas muy importantes, Budd.

—Sí, suele ocurrir. —Baxter se puso en pie—. Creo que estás un poco cansada todavía. Quédate en casa todo el día. Tengo una buena biblioteca, televisión… Mañana, si no te gusta el equipo que te ha traído Tim, podrás salir a comprarte tú misma lo que te apetezca.

Marpha sonrió, a la vez que le tendía una mano.

—Eres aún mejor que hace doce años —dijo.

—No lo creas; cada día tengo más defectos. Pero siempre guardo la amistad hacia quien se la merece —se despidió Baxter.

Koye le abrió la puerta.

—El señor, supongo, no necesita hoy de un chófer —dijo.

—Usaré el coche pequeño, Tim, muchas gracias.

Media hora más tarde, Baxter encontró que no le gustaba nada la casa donde vivía el doctor Beaton.

En el vestíbulo, encontró las señas completas. Beaton vivía en un segundo piso, de modo que no necesitó usar el ascensor.

En la puerta donde vivía el galeno había una placa metálica con su nombre. Baxter llamó al timbre, pero no recibió respuesta.

Inspiró un par de veces. Un tanto fastidiado, se disponía a marcharse, cuando, de pronto, rectificó. A fin de cuentas, él no tenía la responsabilidad de un policía.

La puerta no estaba cerrada con llave. Baxter abrió sin dificultad.

Lo primero que vio fueron muchos cajones vacíos. Incluso el sofá y los sillones aparecían desventrados.

En la casa, lo comprobó después, no quedaba un solo papel, excepto el de los libros que, según apreció, habían sido examinados página por página.

Lo único que quedaba era el cadáver del doctor Beaton, con una cuerda en torno al cuello y un palmo de lengua fuera.

Capítulo III

BAXTER empezó a calcular cuál sería la reacción de Cynthia Mac James cuando se enterase de la muerte de Beaton. Había preferido aguardar a la noche, en lugar de anticipar la noticia por teléfono. Quería estudiar su expresión.

Estacionó el coche en la acera y avanzó hacia la casa de Cynthia, situada en un conjunto de bloques de apartamentos, rodeados por jardines. De pronto, alguien tiró de su brazo derecho y lo hizo saltar hacia adelante.

Baxter rodó por el suelo. Cuando se levantaba, un puño golpeó su mentón, dejándolo casi sin sentido.

Luego, dos manazas lo levantaron en alto. Baxter vio ante sí un rostro enorme, de ojos levemente oblicuos y cráneo completamente afeitado.

El hombre era, verdaderamente, un gigante. Medía dos metros bien medidos y debía pesar alrededor de cien kilos. No obstante, parecía entrenado y nada torpe. Baxter se imaginó que el ataque no había resultado demasiado violento, a fin de evitar una prolongada pérdida del conocimiento.

Al lado de aquel enorme sujeto, había otro que casi parecía un pigmeo, por el contraste. Vestía ropas oscuras, con corbata clara, y sostenía un cigarrillo con gesto afectado, llevándolo de vez en cuando a sus delgados labios para aspirar una leve bocanada.

—¿Me oyes? —preguntó el gigante.

—Sí —contestó Baxter.

—Bien, entonces escucha esto que voy a decirte: olvida para siempre a la vieja, ¿estamos?

—Pero, hombre, ¿cómo voy a olvidar a mi madre?

—¡No me refiero a tu madre, sino a la mendiga a quien recogiste anoche a la salida del teatro, pedazo de estúpido!

—¡Ah, la mendiga…! Pobre mujer.

—Olvídala, ¿me oyes? Haz como si jamás la hubieras visto. Esa mujer no existe. Nunca ha existido para ti.

—Tienes razón —respondió Baxter—. Ya no existe. Murió de inanición.

El gigante respingó de sorpresa.

—¿Cómo dices?

—Estaba muy débil… Le falló el corazón y murió a la madrugada.

Mañana incineran su cuerpo.

Baxter notó que el hombre de la cabeza pelada le bajaba suavemente hasta el suelo.

—Tob, llama por teléfono —ordenó—. Ahí, en la esquina, hay una cabina. Cuéntales lo que pasa. Yo me quedo vigilando al tipo.

—Está bien.

El canijo se alejó corriendo. Baxter se sintió empujado contra la pared. La manaza del gigantón se apoyó contra su pecho.

—Sólo es cuestión de unos minutos. No queremos hacerte daño, ¿comprendes?

Baxter ocultó una sonrisa. Su aspecto físico inducía a engaño, en numerosas ocasiones. No era demasiado alto, ya que no llegaba siquiera al metro ochenta. Lo que el pelado ignoraba era que su prisionero era un consumado maestro en las Artes Marciales Orientales.

Repentinamente, sin saber cómo, el gigante se encontró girando sobre sus talones, a la vez que sentía un terrible dolor en el brazo derecho, a la altura del hombro. Baxter le había aplicado una presa de judo, algo modificada, con lo que, en lugar de voltear por encima de su cabeza, le había hecho dar una media vuelta instantánea.

Antes de que el esbirro pudiera reaccionar, dos brazos pasaron por delante de su cuello. Baxter hizo una rapidísima presión, muy medida, para evitar romperle la tráquea, y el gigante se desvaneció en el acto.

Esperó. Un par de minutos más tarde, apareció el pequeño, corriendo y sin aliento.

—El tipo ha mentido, Milo —dijo—. Ella sigue viva.

—Y espero que por muchos años, —sonrió Baxter, a la vez que avanzaba su brazo derecho, como si fuese un estoque.

La punta de los dedos golpeó una garganta. Tob se arrodilló, emitiendo unos sonidos que no tenían nada de humanos. Luego, Baxter le golpeó suavemente detrás de la oreja, con el canto de la mano.

Durante unos segundos, Baxter contempló los cuerpos inanimados de los dos hampones. ¿Para qué esperar a hacerles preguntas?

Era harto fácil imaginarse quién les había ordenado atacarle. Lo mejor del caso era que ya sabía ahora que su casa estaba vigilada en todo momento.

Maquinalmente, se ajustó los faldones de la chaqueta. Luego abandonó la zona oscura.

Un poco más adelante, vio a un policía, que hacía la ronda.

—¡Eh, agente! —dijo—. Me disgusta mucho tener que decírselo… pero ahí, en los jardines, hay dos tipos haciendo cosas muy raras.

El guardia abandonó, en el acto, su postura indolente.

—Maricas, ¿eh? —gruñó.

—Bueno, agente, yo no quiero acusar a nadie…

—Yo me encargaré de este asunto, señor—. El guardia echó a andar con paso rápido hacia la zona de oscuridad. Baxter le oyó refunfuñar—: Ni siquiera tienen el decoro de hacerlo en su propia casa. ¡Este país está perdido!

Baxter lanzó una silenciosa carcajada. Luego puso el pie en el primer escalón que conducía a la entrada del edificio donde vivía su amiga.

* * *

Cynthia Mac James llenó las dos copas y se inclinó mucho hacia el visitante, que estaba sentado en el diván.

—¿Te gusta?

—Tiene un aspecto maravilloso —sonrió Baxter, a la vez que alzaba su copa.

—¡No me refería al whisky, tonto!

Cynthia continuaba en la misma postura. El amplio escote de su vestido permitía ver un panorama harto atractivo.

—Son dos aspectos maravillosos —puntualizó él.

Cynthia se echó a reír.

—Siempre sabes encontrar la frase adecuada, incluso cuando debería romperte algo en la cabeza —dijo, a la vez que se sentaba a su lado.

—¿Por qué ibas a romperme algo en la cabeza, preciosa?

—Anoche me dejaste plantada… claro que si en tiempos tú y ella…

—Marpha necesitaba, anoche, mi ayuda —dijo Baxter—, Cynthia, te deseo de todo corazón, que jamás te encuentres en una situación semejante, pero si eso— llegase a suceder, haría exactamente lo mismo por ti.

—Espero que no llegue la ocasión, aunque te lo agradezco sinceramente… Budd, ¿qué te ha dicho el doctor Beaton?

—¿No oyes las noticias? ¿No ves la televisión? —se asombró él.

—Las noticias me aburren. Sólo veo películas del Oeste y las policíacas; ya sabes, esas series…

—Sí, lo sé. Nena, a Beaton le han asesinado.

—¡Cielos! —se pasmó Cynthia—. ¿Quién?

—Yo me lo puedo imaginar, pero no soy capaz de probarlo. Y tú también te lo imaginas. Ella se inclinó un poco hacia adelante y apoyó los codos en sus rodillas.

—Crolin —murmuró—. No ha podido ser otro.

—Cynthia, tengo la sensación de que hubo un tiempo en que lo conocías bastante —dijo Baxter.

—Bueno, conocerlo… A los tipos como Crolin no se les conoce jamás. Fue hace cinco años. Me propusieron ir a hacerle compañía unas cuantas noches. Bien pagada, por supuesto —Ella sonrió tristemente—. ¿Para qué negar lo que es evidente, Budd? —Nadie te lo reprocha, y yo menos. Pero sigue, por favor.

—Crolin puede tener mucho éxito con las mujeres, pero, al menos, yo fracasé en ese sentido. Ni siquiera me tocó.

—Oye, no me digas que es…

—¡Oh, no, en absoluto! Pero ¿qué le pasa a un hombre cuando se emborracha hasta perder el conocimiento completamente?

—Si yo hubiera estado en su lugar, no habría probado el alcohol —sonrió él—. ¿Qué más?

—Bien, entonces, como digo, no ocurrió nada. Un par de años después, volvió a llamarme. Se excusó… y también se emborrachó. Así que ya no he vuelto a verle más.

—Tú conociste a la hija de Marpha.

—No. Personalmente, no, pero la reconocí aquel día, cuando nos cruzamos en el antedespacho del doctor Beaton. ¡Pobre chica! Espero que Crolin, al menos, se mantuviese sereno la noche de bodas.

—Tuvieron un hijo.

—Sí, es cierto, aunque las malas lenguas aseguraban que no era suyo, sino de su lugarteniente, *el Bello* Billy Robbins. Yo no lo creo, sinceramente; a su modo, Crolin ha sido siempre un hombre terriblemente celoso y es preciso reconocer que Fraser Still— Brown había salido a la madre. No había quién pudiera competir con ella, créeme.

—Estás enterada de muchas cosas, Cynthia —comentó Baxter.

Ella se encogió de hombros.

—Con el paso de los años, se recogen retazos de informaciones aquí y allá… Y no debemos olvidar que Crolin es un tipo importante. Por supuesto, a Robbins se le iban los ojos tras Fraser, pero era la mujer de su jefe. Y como lo que menos le faltaba a Robbins eran las mujeres, puesto que le asediaban como moscas, es de suponer que no diese el menor paso para conquistarla.

—Sería interesante hablar con Robbins —murmuró Baxter.

—Si eres espiritista, tal vez lo consigas.

Baxter se volvió hacia la joven.

—Ha muerto —dijo.

—Sí. Un tiro en la nuca. Entonces se dijo que había sido Artie Davenport, el ejecutor de Thomaston. Rivalidad entre bandas, ¿sabes? Se rumorea que Thomaston quería amedrentar a Crolin y para ello

nada mejor que liquidar a su hombre de confianza. Pero Thomaston perdió, porque Thomaston y dos de sus más fieles secuaces aparecieron muertos, un día, en una carretera secundaria. Entonces, claro, se dijo que era la venganza de Crolin por la muerte de Robbins. Y, como es lógico, toda la organización de Thomaston, pasó a manos de nuestro hombre.

—Así obtuvo un doble beneficio: venganza y una organización.

—Exactamente. Por supuesto, a Robbins le hicieron un entierro por todo lo alto. Incluso asistió Fraser, convenientemente enlutada. Hacía sólo cuatro meses de la boda… Pero, cariño, ¿qué nos importa, ahora, eso a nosotros?

Cynthia le echó los brazos al cuello. Baxter sonrió.

—Tengo una deuda contigo —dijo.

—¡Vamos a saldarla! —exclamó Cynthia ardientemente.

* * *

Baxter se levantó de su silla y ayudó a Marpha a sentarse en la suya. Tim Koye empezó a servir el desayuno.

—Voy a pedirte un favor, Marpha —dijo el joven.

—¿De qué se trata?

—Ya me imagino que las ropas que te trajo Tim, pese a su buena voluntad, no son completamente de tu agrado y que preferirías comprarte un equipo, personalmente. Pero no conviene que salgas de casa.

—¿Me vigilan?

—Sí.

—Crolin, supongo.

—Sospecho que no puede ser otro.

—Ese hombre… —dijo Marpha desanimadamente.

—No te preocupes. Conseguiremos rescatar a tu nieto, aunque desde aquí te aviso que no va a resultar fácil. Y tenemos que hacerlo con toda legalidad, porque, de lo contrario, resultaría un secuestro. A fin de cuentas, él es su padre.

—Pero yo no quiero que Tony acabe un día dirigiendo una organización criminal, Budd. Lo hago por su madre, mi hija. Y eso es lo que Crolin quiere.

—Sí, ya lo sé. Además, también quiere los millones de Fraser.

—El dinero le vino bien, pero él está obsesionado por la perpetuación del apellido, para que no se extinga la estirpe que se inició con un antepasado, que asaltaba trenes, como Jesse James y los hermanos Dalton. Claro que ahora los métodos son más refinados, pero los resultados son los mismos.

—Incluso superiores, diría yo —sonrió Baxter—. Marpha, ¿oíste a Fraser en alguna ocasión hablar del doctor Beaton?

—No. A partir de su boda, la comunicación entre ambas quedó casi totalmente cortada. ¿Quién era Beaton…?

—Un ginecólogo. Sé que Fraser lo visitó. Cuando leas el periódico, te enterarás de su muerte. El asesino, mejor dicho, los asesinos, por lo que supongo, vaciaron su casa de papeles completamente. No quedó absolutamente ni uno solo. Se llevaron, incluso, la agenda de notas y la del teléfono.

Marpha se sintió extrañadísima.

—¿Por qué hicieron eso, Budd? —preguntó.

—Sospecho que esa muerte tuvo algo que ver con la visita que Fraser le hizo en una ocasión. Pero si el niño nació normalmente, no comprendo del todo los motivos del crimen.

—¿Quieres decir que Beaton se dedicaba a… interrumpir embarazos?

—Casi con toda seguridad, aunque no puedo demostrarlo. Y quizá nos sentimos demasiado recelosos, porque tal vez Crolin no tenga nada que ver con ese crimen.

Baxter se limpió los labios con la servilleta y sonrió.

—Voy a salir —dijo—. Marpha, te lo suplico: no salgas de casa. Aquí estarás más segura. Hay una buena cerradura y Tim te protegería, en caso necesario.

—Me estás asustando…

—Anoche me asaltaron dos tipos, los cuales me ordenaron me olvidase de ti. Marpha, ese asalto demuestra dos cosas: Crolin te vigila y tiene miedo, ¿comprendes?

—Tiene miedo de que le quite el niño, Budd.

Baxter hizo un gesto negativo.

—Eso no es todo —contestó—. Tiene miedo de algo más, pero, ¿de qué?

Estuvo unos momentos inmóvil y luego se puso en pie, para acercarse a la ventana.

El apartamento de Baxter estaba situado en la Quinta Avenida, frente al Central Park. En la otra acera, dos hombres paseaban con aire intrascendente.

—Allí los tienes —dijo, al notar la presencia de Marpha a su lado.

—Esos son, ¿verdad?

—Sí. Posiblemente, incluso tienen teléfono con radio, en el coche. En cuanto yo salga, informarán a Crolin. Pero repito que no debes preocuparte.

—¿Adónde vas, ahora, Budd?

—Crolin tiene un abogado y se llama Kenneth De— Long. Mejor dicho, DeLong debe ser el comandante del batallón de abogados de Crolin. Resultará interesante conversar con ese tipo, ¿comprendes?

—No te arriesgues —aconsejó ella.

—Descuida.

Marpha se mordió los labios. Tim Koye sonrió, mientras recogía los cacharros del desayuno.

—La señora puede sentirse absolutamente tranquila —dijo—. El señor le devolverá su nieto.

—Si eso fuese verdad… —suspiró Marpha.

—Puede darlo como hecho, señora —afirmó Koye, rotundamente.

Capítulo IV

—BAXTER ha salido —oyó Crolin, segundos después de haber levantado el teléfono—. Esperamos instrucciones.

—¿Ella?

—Sigue en la casa. Hablo desde una cabina telefónica, señor.

—Eso está bien. Es ella la que me interesa. Si sale de casa, síganla —ordenó Crolin. —Podríamos atraerla…

—¡No! —cortó Crolin, duramente—. Es un lugar demasiado céntrico. Tarde o temprano, ella tendrá que salir de casa. Sigan a la espera.

—Bien, señor.

Crolin colgó el teléfono. Evans Kissel estaba impasible ante la mesa.

—¿Y bien? —dijo el primero.

—DeLong ha enviado a uno de sus ayudantes para sacar a Milo y a Tob, bajo fianza, por supuesto. Pero no comprendo cómo pudieron arrestarlos bajo una ridícula acusación de homosexualidad…

—Baxter los apaleó y luego se burló de ellos. Al parecer, es un hombre con Un notorio sentido del humor.

—Podríamos…

Crolin alzó una mano.

—No hagas nada por ahora —dijo—. Antes hemos de enteramos a fondo quién es el tal Baxter. En su época dorada, Marpha tuvo muchas y muy buenas amistades. Tal vez Baxter sea uno de sus antiguos amigos. A juzgar por el lugar donde reside, debe de ser un joven rico y ocioso… aunque cultivador de sus músculos. Evans, antes de asestar un golpe, infórmate siempre bien del punto donde debes golpear.

—Sí, ya entiendo. Lo que no acabo de entender bien, es lo de Beaton.

—Eso no debe preocuparte en absoluto. Lo único que quiero saber con seguridad es si se llevaron la documentación.

—Toda. No quedó allí un papel del tamaño para escribir un número de teléfono. Los muchachos lo hicieron bien, puedo asegurárselo.

—De acuerdo. Ahora, sigamos… pero antes avisa que quiero hablar con Milo y Tob, cuando hayan salido. En mi casa y por la puerta de servicio, ¿entendido?

—Sí, señor.

Crolin se puso un cigarrillo en la boca. Después de encenderlo, murmuró:

—Y si ese joven ocioso que se llama Baxter, insiste en seguir metiendo las narices donde no le importa, le daremos una lección que no olvidará jamás —aseguró rotundamente.

Jerry Crolin se habría sorprendido muchísimo de haber sabido que el hombre a quien acababa de mencionar estaba hablando, en aquellos momentos, con su abogado. Tras algunas dudas, DeLong se había decidido a recibir a un presunto cliente. Baxter le había entregado una tarjeta de visita con su dirección. DeLong pensaba que una persona que vivía en la Quinta Avenida tenía que ser a la fuerza muy importante.

Baxter, por su parte, se había trazado un plan de acción para su entrevista con el abogado.

—Le voy a ser franco, brutalmente franco, señor DeLong —dijo, tras los primeros saludos.

—Eso me gusta en mis clientes —sonrió el leguleyo—. Adelante, señor Baxter. ¿Cuál es su problema?

—Tony Crolin.

Los ojos de DeLong se achicaron instantáneamente y la cortés sonrisa desapareció de sus labios.

—¿Por qué le interesa ese niño, señor Baxter?

—Represento a su abuela materna.

—¡Ah, la señora Still-Brown! Bien, ¿y qué?

—¿Dónde está el chiquillo?

—Pregúnteselo a su padre. El lugar donde pueda encontrarse Tony no me concierne en absoluto. Sólo me ocupo de administrar los bienes que heredó de su difunta madre, bajo la supervisión del padre.

—Señor DeLong, voy a decirle una cosa. Tony no debe crecer para llegar a ser un día jefe de *gangsters*. No, no me contradiga; usted y yo sabemos perfectamente lo que es su padre, por muy legales que sean muchos de sus negocios. Crolin quiere que el niño perpetúe la estirpe de ladrones y asesinos de la que él es el penúltimo eslabón, por ahora. La abuela, lógicamente, quiere que Tony llegue a ser una persona decente. ¿Ha comprendido, exactamente, lo que quiero decirle?

—Señor Baxter, ¿entiende usted algo de leyes? —preguntó DeLong, fríamente—. ¿O es sólo un detective…?

—Tengo mi título de abogado y estoy inscrito en el Colegio de Nueva York. Si no me cree, llame a las oficinas del colegio.

DeLong pareció quedarse parado un instante, aunque se sobrepuso muy pronto.

—Está bien, puesto que conoce las leyes, debe saber, en tal caso, que la abuela no tiene ningún derecho sobre el niño. Tony tiene un

padre y a éste corresponden los cuidados, la manutención, la educación y la administración de los bienes que el menor pueda poseer, hasta su mayoría de edad.

—Lo sé perfectamente —contestó Baxter, sin inmutarse—. Pero usted debe saber, también, que un tribunal puede desposeer a un padre de la custodia de su hijo, cuando la conducta del padre resulta deshonesta, depravada o está penado por alguna infracción de la ley. En tal caso, el niño va a una institución adecuada, sostenida por el Estado, o queda encomendado a la custodia de algún pariente que merezca confianza al tribunal. El pariente a quien yo me refiero es su abuela en este caso.

DeLong sonrió desdeñosamente.

—Muchas cosas tendría que demostrar mi cliente, para conseguir sus propósitos —dijo—. Aparte de que no lo conseguirá, ¿cuándo piensa entablar la demanda?

Baxter se puso en pie.

—Cuando tenga las pruebas suficientes para no perder el caso — respondió.

—No las encontrará jamás, porque no existen…

—Ahora, cuando me marche, llame a su cliente y pregúntele por el estado de salud del doctor Beaton. Buenos días, señor DeLong.

Baxter se marchó. DeLong dudó unos instantes, pero no tardó en levantar el teléfono de su línea privada.

Segundos después, oyó una voz.

—Crolin.

—Soy DeLong. Escuche, un tal Baxter acaba de salir de mi despacho…

DeLong se quedó pasmado de asombro al oír un terrible juramento. Mentalmente se dijo que nunca había oído una palabrota semejante. Sí, Crolin tenía imaginación para soltar tacos.

—¿Qué le ha dicho ese entrometido? —bramó Crolin, cuando se hubo calmado—. Cuéntemelo todo, sin omitir una sola palabra.

DeLong hizo un relato sucinto de la entrevista. Cuando terminó, dijo:

—Baxter me aconsejó le preguntase a usted por la salud del doctor Beaton. ¿Quién es ese doctor Beaton?

De nuevo oyó el abogado una horrible imprecación. DeLong también maldijo, pero mentalmente; no se atrevía a enojar a tan poderoso cliente.

—No conozco al doctor Beaton —contestó Crolin—. En cuanto al niño, no se preocupe; no lo encontrará jamás.

—No me preocupa que lo encuentre, sino que la ley le obligue a entregárselo a su abuela.

—DeLong, ¿para qué diablos es mi abogado? Si ella me demandara, ¿no sabría usted dar la respuesta legal correspondiente?

Crolin colgó bruscamente. Sentíase terriblemente irritado. De vez en cuando, había hecho vigilar los pasos de Marpha Still-Brown. Las noticias de su ruina le habían llenado de satisfacción. Aquella mujer estaba fuera de combate… pero, de repente, había encontrado un caballero andante que se disponía a luchar por ella.

—Está bien. Si ese tipo tiene ganas de gresca, no habrá otro remedio que complacerle —dijo.

En su cuarto de comunicaciones, Baxter leyó el último despacho que el director de su agencia le había enviado por télex. Cuando terminó, presionó una tecla.

Instantes después, la línea de televisión estaba en funcionamiento.

—Habrás leído los últimos informes —dijo Gray.

—Sí. Muy interesantes, por cierto. He podido ver que Crolin tiene varias casas…

—En cualquiera de las cuales puede encontrarse el niño.

—Denis, yo no puedo ir en su busca y traérselo a su abuela. Iría contra la ley: esa figura de delito se llama secuestro y, en el mejor de los casos, podrían caerme encima veinte años. Tony es hijo de Crolin y éste tiene sobre él todos los derechos que la ley otorga a un padre. Ahora bien, cuando un padre resulta un sujeto depravado y se demuestra que es un delincuente habitual, ¿qué hace la ley?

—Bien, desposee al padre de sus derechos… pero, oficialmente, Crolin es un ciudadano honrado, con negocios perfectamente lícitos y que, seguramente, no evade un solo centavo de sus impuestos. Demostrar que no merece tener la custodia legal de su hijo es algo fuera de tu alcance.

Baxter sonrió ligeramente.

—Como dijo aquel, todavía no he empezado a luchar —contestó—. Bien, mientras yo hago algunas otras cosas, alguien se encargará de comprobar la situación actual del niño.

—Budd, eso cuesta dinero. No puedes ir por el mundo gastándote alegremente todos los beneficios que consigues con la agencia —protestó Gray.

—Denis, esta vez, si todo sale bien, te prometo pasar factura a Marpha —dijo Baxter—. No olvides que si gana el caso, Crolin tendrá que devolver, también, todos los bienes de la herencia.

—Rezaré a «san Perry Mason» para que te ayude, porque, de otro modo, no conseguirás nada.

—¡Pesimista! —rió Baxter.

Cortó la comunicación y releyó nuevamente los informes. Luego, después de cerciorarse de que no había nadie en la sala, descorrió el

mamparo, pasó al otro lado y se acercó a la ventana que daba al exterior.

—Siguen ahí —sonó, de pronto, la voz de Marpha.

—Te vigilan a ti, no cabe la menor duda. Pero mientras no suban a esta casa, no tiene la menor importancia —contestó Baxter—. Y, me parece, aunque te cueste un poco, que debes seguir aquí.

Ella le miró fijamente.

—Tú vas a salir —adivinó.

—Sí. —Baxter oprimió suavemente su brazo—. Todo saldrá bien —se despidió.

Cinco minutos más tarde, estaba al otro lado de la avenida. Sin titubear, se dirigió hacia los dos esbirros.

—Caballeros, la señora Still-Brown sigue en mi casa —dijo—. Pueden estar tranquilos, su estado de salud es magnífico. ¡Buenos días!

Los dos sujetos se quedaron con la boca abierta. Baxter agitó la mano en señal de saludo y continuó andando por la acera, hasta que vio un taxi libre.

* * *

Con el tiempo, Baxter había llegado a conocer a gente cuyos informes solían resultarle de utilidad. El hombre con quien estaba hablando en un bar de la calle Ciento Veintiuna Este, era de pequeña estatura y ojos saltones, lo que, lógicamente, le había conferido un apodo inevitable: El Rana. Su nombre auténtico era Mike Shallman.

—Se llamaba Brode Beaton y era doctor en Medicina —dijo Baxter, después de tomar un trago de la jarra de cerveza que había encargado.

—Sólo se me ocurren dos nombres. Probables, no seguros —contestó el confidente.

—En tu opinión, ¿cuántas son las probabilidades a favor de su culpabilidad?

—Noventa y cinco por ciento.

—Actúan por encargo, ¿eh?

—Desde luego.

—¿Los nombres?

—Kelly Leon, alias Hangman.

—El Verdugo —tradujo Baxter.

—Sí. Es muy aficionado a la cuerda. El otro pudiera ser Tyler Dealey. Quizá los encuentres en el Whisky Trail, seis calles más abajo.

—Gracias, Mike. ¿Cuál es el importe de tu minuta?

—Cincuenta.

Baxter contó cinco billetes de a diez dólares y los pasó por debajo

de la mesa a su confidente. El Rana alzó la mano.

—Budd, ¿qué te interesa tanto de un matasanos de tres al cuarto?

—Crolin.

Shallman se estremeció.

—¡Demonios! —musitó—. Eso ya son palabras mayores.

—Sí, son palabras que a simple vista parecen mayores —convino Baxter—. ¡Gracias, Mike!

Diez minutos más tarde, entraba en el Whisky Trail. Era la clase de antro que a dos asesinos profesionales gustaba frecuentar.

No tardó en localizar a Leon y a Dealey. Acodado en el mostrador, con aspecto de hallarse muy interesado en su whisky, permaneció un buen rato, hasta que vio a los dos sujetos salir del local.

Delante de él, Leon dijo:

—Tengo bebidas en casa. Ellas vendrán más tarde. Será una bonita fiesta, tú.

Dealey se frotó las manos.

—Una bonita fiesta, en efecto —convino.

Capítulo V

LAS dos mujeres avanzaron riendo y parloteando alborotadamente, a lo largo del corredor. Parecían jóvenes, pero ya tenían muchas horas de vuelo, pensó Baxter, a la vez que salía al encuentro.

—Señoras, mis buenos amigos Kelly y Tyler me encargan que les diga que están con un fortísimo dolor de cabeza y que, por lo tanto, no se sienten en condiciones de atenderlas.

Al mismo tiempo que hablaba, Baxter tendía cincuenta dólares a cada una de las mujeres. Una de ellas le miró y vio una expresión en el rostro del desconocido que le impresionó profundamente.

—Cómpreles un kilo de aspirinas —dijo, a la vez que se apoderaba de los billetes.

Baxter sonrió. Iba a hablar con dos asesinos, y no quería que nadie les interrumpiera en el momento más crítico.

Cuando las mujeres hubieron desaparecido de su vista, volvió sobre sus pasos y llamó a la puerta.

Al otro lado, alguien lanzó un grito de júbilo.

—¡Ya están ahí!

La puerta se abrió. Dealey se sintió enormemente sorprendido al verse frente a un hombre a quien no conocía.

—¡Eh!, ¿qué diablos…?

Un codo se alzó bruscamente hacia su mandíbula. Dealey cayó fulminado, sin darse cuenta de lo que había pasado.

En el interior de la casa, Leon oyó algo de ruido.

—¿Qué pasa, Ty? —preguntó.

Baxter cruzó el umbral y cerró la puerta silenciosa— mente. Intrigado, Leon abandonó la cocina, donde estaba preparando las bebidas, y se encontró con un visitante inesperado.

—¿Qué diablos quiere usted? —gruñó.

—Respuesta a una pregunta, muy sencilla ciertamente: ¿Quién les ordenó matar al doctor Beaton?

Leon se puso rígido en el acto. Era un sujeto muy corpulento, aunque no tanto como el hombre de la cabeza pelada que había atacado a Baxter noches atrás. De todas formas, era hombre de cuidado.

—Se lo voy a decir ahora mismo —sonrió.

Tenía al lado una consola, sobre la que se veía una estatuilla de bronce.

—No se preocupe, no le haré mucho daño; sólo lo justo —añadió, a la vez que daba unos pasos hacia adelante, con la estatua, a modo de un garrote corto.

Cuando la estatua bajaba, Baxter se inclinó hacia adelante, bajando la cabeza, para evitar el golpe. Su pie derecho quedó frente al derecho de Leon. El izquierdo quedó algo más atrasado, al objeto de tener los dos sobre el eje de desplazamiento de su adversario.

La cabeza de Baxter entró en contacto con el pectoral derecho de Leon. Su mano derecha quedó apoyada a la altura del cinturón, en tanto que la izquierda presionaba sobre el costado izquierdo. Simultáneamente, flexionó las rodillas, con lo que el peso del cuerpo de Leon gravitó sobre el suyo. Entonces, le bastó dejarse caer hacía atrás.

Arrastrado irremisiblemente, Leon volteó por los aires y cayó de espaldas al suelo.

El *Ura-nage* o volteo hacia atrás, había sido ejecutado en fracciones de segundo. Leon quedó aturdido, sin comprender muy bien lo que le había sucedido. Era hombre que empleaba fundamentalmente la fuerza bruta, con algunas nociones de boxeo y de lucha libre americana, pero que no tenía la menor idea de lo que eran las Artes Marciales, de las que había recibido una lección magistral.

Antes de que pudiera reaccionar, Baxter le golpeó suavemente con el canto de la mano bajo la oreja derecha, atacándole por detrás. Leon estiró las piernas de golpe y perdió el conocimiento.

Un cuarto de hora más tarde, se encontró de pie, en el umbral del cuarto de baño. Unas fuertes manos le sostenían por las caderas. Leon vio que estaba en pie sobre un taburete, con las manos atadas a la espalda.

En torno al cuello, notó el contacto de un cordón. Un grito de pánico se escapó de sus labios, en el acto.

—¡Bájeme de aquí! —chilló.

Baxter se retiró unos pasos y encendió un cigarrillo.

—No tengo prisa —manifestó—. ¿Sabes cuánto puede aguantar un hombre en tu postura? ¿Una hora, cinco, diez? Inevitablemente, acabarás por fatigarte y perderás el equilibrio. Tus pies quedarán a veinte centímetros del suelo y…

Leon sudaba a chorros.

—Pero… ¡maldita sea!, ¿qué es lo que quiere de mí? —sollozó.

—Te lo dije antes. Se llamaba doctor Beaton.

El Verdugo se mordió los labios.

—No sé el nombre…

—¡Oh, vamos, vamos, Kelly!, no creas que me trago tan fácilmente las ruedas de molino. Apostaría algo a que fue un intermediario, pero,

¿quién?

Leon apretó los labios. Entonces, Baxter se acercó al taburete y levantó el pie derecho, como si fuese a golpear una de sus patas.

—¡No, espere! —chilló Leon, lleno de pánico—. Creo que no estoy seguro, pero le conozco bastante de vista. Davenport… Sí, él fue.

Baxter entornó los ojos.

—Davenport, ¿eh? ¿Sabes dónde vive?

Leon meneó la cabeza.

—Eso no —contestó—. Nos dio el nombre de Beaton y mil dólares.

—A cada uno, supongo.

—No, para los dos.

—¡Qué miserable! —fingió Baxter, escandalizarse—, ¿Os ordenó, también, arramblar con los papeles de Beaton?

—Sí.

—¿Qué fue de esos papeles?

—Los pusimos en unos sacos. Habíamos alquilado un coche y los dejamos en el maletero. El coche quedó abandonado en un lugar convenido de antemano…

—A eso se llama borrar las pistas —sonrió Baxter—. El coche quedó abandonado y luego hiciste una llamada.

—No, se lo juro. Él nos dio el coche, con las llaves, y dijo dónde debíamos dejarlo cuando hubiésemos terminado. Eso es todo…

Baxter se encaminó hacia la puerta. Dealey, en el suelo, atado y amordazado, le miró con furia impotente.

—¡Oiga! —chilló Leon—. ¡Bájeme de aquí…!

Pero Baxter no le hizo el menor caso. La cuerda que Leon tenía al cuello estaba atada con un nudo muy flojo, que se soltaría apenas sostuviera el peso de su cuerpo. Sin embargo, aquel sujeto se merecía pasar unas cuantas horas de agonía, creyendo que en cualquier momento podía morir ahorcado.

Cuando salió a la calle, pensó que lo más conveniente sería buscar a Davenport. Pero ya era un poco tarde. Empezaría al día siguiente.

Un cuarto de hora después de haberse marchado, un hombre entró en la casa. Miró a Dealey y sonrió turbiamente.

Luego atravesó la sala. Cuando vio a Leon, soltó una enorme carcajada.

—Parece que te han dado una dosis de tu propia medicina —exclamó.

—¡Maldita sea, bájame de aquí! —bramó Leon.

El hombre volvió a reír. Luego, de súbito, pegó una patada al taburete.

Leon lanzó un chillido angustioso, antes de darse cuenta de que sus

pies tocaban el suelo. Rodó, sintiéndose terriblemente mareado, pero, al mismo tiempo, advirtiendo el engaño de que había sido objeto. El visitante también se sintió muy perplejo.

—¿Quién te colgó, Kelly? —preguntó.

—No lo sé, no lo había visto nunca y no dijo su nombre…

—Al menos, recordarás su descripción.

—Sí…

—Muy interesante —dijo el hombre, momentos más tarde. Sacó una pistola y metió una bala entre los ojos de Leon.

La pistola llevaba silenciador. El segundo disparo tampoco fue oído por nadie. Como el primero, la bala fue dirigida directamente al cráneo de Dealey.

* * *

Crolin escuchó atentamente el relato que Milo Ushaw y Tob Slipher le hicieron del relato de su encuentro con Baxter. Cuando terminó, ordenó que se lo repitieran.

—No sé cómo nos derrotó… Ese hombre parecía tener diez brazos y cuatro pares de piernas… —dijo Slipher, pintorescamente.

Crolin agitó la mano.

—Está bien, eso es todo. Esperad afuera —ordenó.

Los dos hampones abandonaron el despacho privado de Crolin, en la lujosa residencia que éste tenía en Long Island, a veinticinco kilómetros de Manhattan. Al quedarse a solas con su secretario, Crolin fijó la vista en su rostro.

—Lo que he oído me ha hecho pensar mucho —arguyó.

—Baxter tiene que ser un hombre muy notable. A Milo no se le vence tan fácilmente y menos con las manos desnudas.

—Es cierto. Por lo tanto, tendríamos que buscar a alguien que supiera luchar mejor que él. ¿No se te ocurre ningún nombre?

—Habría que pagarle bien.

Crolin hizo un gesto con la mano.

—El dinero no importa, en este caso —dijo—. Importa mi hijo, ¿entiendes? Quiero tenerlo conmigo y educarlo para que el día de mañana sea un Crolin y perpetúe la estirpe. El será el heredero de mi imperio; un día se casará y me dará muchos, muchos nietos…

Asombrado, Kissel vio que su jefe se enternecía. Cosa rara en un hombre que tenía el corazón de piedra. Pero mantuvo su rostro impasible.

—Tengo el hombre que necesita —dijo.

—De acuerdo. Otra cosa, ¿has sabido algo de los Solatti?

—No hemos podido dar con ellos, jefe.

Las manos de Crolin se abrieron y cerraron convulsivamente.

—El día en que los encuentre… —masculló.

Kissel se preguntó qué cuenta tenía que saldar su jefe con los Solatti, unos pobres italianos que años antes tenían una heladería en el Bronx y que ninguna sombra podrían hacerle. Pero, en ciertos asuntos, Crolin era terriblemente reservado y Kissel conocía muy bien sus arrebatos de cólera, cuando se le hacían preguntas a las que no quería dar respuesta.

—Seguimos buscándolos —dijo, con voz neutra.

—Muy bien, eso es todo por hoy, Evans.

—Sí, señor. ¡Ah! Ha llamado Eileen Donovan…

—Esta noche quiero estar solo. Si vuelve a llamar otra vez, dile que ya la avisaré.

—Sí, señor.

Kissel se dirigió hacia la puerta. Cuando ya iba a salir, Crolin llamó nuevamente su atención.

—Ese hombre del que me has hablado…

—Se llama Danny Ikai, señor.

—No me importa el nombre. Lo que quiero es que actúe rápida y discretamente. —Descuide. En estos momentos, es el hombre que necesitamos.

* * *

Baxter leyó el periódico a la hora del desayuno. Marpha vio que se formaba en su frente una profunda arruga.

—¿Algo malo? —preguntó.

—Los asesinos de Beaton —contestó el joven—. Alguien los quitó de en medio.

Marpha se puso una mano en la boca.

—Un doble asesinato —murmuró.

—Sí. —Baxter dejó el periódico a un lado—. El crimen tiene todo el selle de Artie Davenport.

—¿Quién es Davenport?

—Un ejecutor. Suele usar solamente una bala para cada una de sus víctimas.

Baxter se llevó la taza de café a los labios.

—Pero Davenport mató a Robbins. Y entonces, trabajaba, es decir, para un rival de Crolin.

—No he oído hablar de Robbins, Budd.

—Era el hombre de confianza de Crolin, su mano derecha. Le llamaban *el Bello* Billy y tenía un gran éxito con las mujeres. Algunos

sospechaban, en un principio, que se trataba de una venganza de Crolin, celoso a causa de tu hija.

—¿Hablas en serio? —se asombró Marpha.

—Todo lo que te digo es rigurosamente cierto. Sin embargo, lo cierto es que Robbins murió porque Thomaston, el rival de Crolin, quiso atacar a éste, para hacerse con su organización.

—Entonces, no se comprende que Davenport trabaje, ahora, para Crolin.

—En primer lugar, debemos tener en cuenta que Davenport es un profesional y actúa para el que mejor le paga. También pudo ocurrir que Crolin hiciese correr el rumor de los celos… que acaso eran ciertos, pero no amorosos, sino profesionales. Robbins, tal vez, quería erigirse en el dueño de la organización y Crolin lo quitó de en medio. Como su muerte fue achacada a Thomaston y luego éste y dos de sus ayudantes perecieron acribillados a balazos, el desquite se estimó como una represalia de Crolin por la muerte de su segundo, con lo que el bueno de tu yerno mató dos pájaros de un tiro. ¿Lo has comprendido?

—Perfectamente. Pero, dime… ¿es preciso dar tantos rodeos para encontrar a Tony?

—¡Oh! —sonrió Baxter—, ya sé dónde está el niño.

—Dímelo —pidió ella ansiosamente.

Baxter alzó el dedo índice.

—Lo siento —denegó la ardiente petición—. El niño volverá con su abuela de un modo absolutamente legal, con la custodia encomendada por un juez competente y mediante una sentencia inapelable. Quitárselo a Crolin por la violencia sólo nos conduciría al fracaso… y a la cárcel para un montón de años.

—Pero…

—Marpha, si Crolin ha de ser derrotado, tiene que perder ante un tribunal. Hemos de encontrar pruebas de que no es el padre adecuado para Tony. Mientras tanto, te abstendrás de dar un solo paso que comprometa mis investigaciones, ¿has comprendido?

—Si tú lo dices, Budd… —se resignó Marpha.

—Sinceramente, creo que es lo mejor. ¡Tim!

El criado se acercó rápidamente.

—¿Señor?

—Trata de ponerme en contacto con la señorita Mac James. Quiero hablar con ella.

—Señor, la señorita Mac James debe de estar durmiendo a estas horas…

—¡Que se despierte! Tengo que hablar con ella y no quiero que tome ningún compromiso en el día de hoy.

—Bien, señor.

Marpha fijó su vista en el rostro de Baxter.

—Apostaría algo a que esa señorita Mac James es joven, bonita… y ardiente —sonrió.

—Ganarías la apuesta —contestó Baxter, alegremente—. Sin embargo, entre sus cualidades figura una que no has mencionado.

—¡Sabe guisar estupendamente, seguro!

Baxter lanzó una alegre carcajada.

—Probablemente, la señorita Mac James cree que los huevos son fabricados por máquinas especiales y no puestos por las gallinas —dijo —. La cualidad a que yo me refería es su memoria.

—¡Ah, vamos!, te dará información…

—Eso espero —contestó Baxter, a la vez que se llevaba un cigarrillo a los labios.

Capítulo VI

LA vestimenta que usaba Cynthia consistía en una túnica muy corta y amplia, de mangas cortas y escote cuadrado. Cynthia sabía que tenía unas piernas largas y hermosas, y le gustaba lucirlas.

—De modo que el sultán ha dado orden de que su esclava se quede en casa y la esclava, naturalmente, ha debido obedecerle —dijo, mientras llenaba dos copas.

Baxter, reclinado cómodamente en el diván, sonrió.

—No parece que lo lamentes demasiado —contestó.

—Bueno, me había hablado un tipo de salir a cenar con él, esta noche, pero yo, sacrificándome…

Sonreía, maliciosa, cuando vino a sentarse junto a Baxter.

—Espero tus preguntas, ¡oh, mi amo y señor! —dijo.

—Gracias, Scherezada. La primera pregunta se refiere a Artie Davenport. ¿Qué sabes de él, en concreto?

—Nada —contestó Cynthia, con el vaso muy cerca de los labios—. Es decir, casi nada, salvo que es un hombre bastante apuesto y elegante. Aunque menos que tú, claro.

—No me des coba, preciosa. ¿Has visto alguna vez a Artie?

—Sí, en un par de ocasiones y en fiestas completamente normales, sin trazas de orgía. Es un hombre correctísimo, muy educado… Cualquiera lo tomaría por un empleado de importancia en alguna empresa próspera.

—Bueno, empleado de importancia, sí lo es. La empresa también es próspera, pero los negocios apestan.

—A muerto.

—Quiero hablar con él, Cynthia. Dame una sugerencia, por favor.

Ella meditó unos instantes.

—Artie es moderadamente aficionado a las mujeres —dijo, al cabo —. A mí nunca me dijo nada, pero yo conozco a una chica que estuvo con él en un par de ocasiones.

—¿En su casa?

—No lo sé.

—Se lo preguntaré. Dame el nombre y la dirección de esa chica.

Baxter anotó los datos en su agenda. Luego atrajo hacia sí a la hermosa Cynthia.

—Si todo esto sale bien, te haré un buen regalo —prometió.

Ella le mordisqueó una oreja.

—Aceptaré el regalo… He visto unos pendientes de esmeraldas en Tiffany's… Me gustan las esmeraldas, Budd —dijo, mimosamente.

—Trataré de complacerte. Todo depende de la cara que ponga mi cliente cuando le pase la factura.'

Ella se separó un poco y le miró a los ojos.

—Budd, ¿cuál es tu interés en Marpha Still-Brown? —preguntó.

—Es una buena amiga, Cynthia.

—¿Nada más?

—Mujer, ahora ya tiene cincuenta años corridos…

—Hace sólo diez, era una de las bellezas más espectaculares de la *jet-society*. Entonces, yo era una adolescente, pero leía los chismorreos de las revistas del corazón. Casi siempre tenía un gallardo acompañante…

Baxter se puso un dedo sobre los labios.

—¡Chissttt…!

—Si la conociste entonces, debió de sucederte algo así como al protagonista de esa película… *El Graduado*. ¿Eh? ¿Te conquistó ella?

—Sí, pero no me devoró. Fue una llamarada de unos pocos meses.

—¡Claro! Enseguida te cambió por otro. Budd, ¿en verdad crees que merece la pena que te molestes por una mujer como Marpha?

—Cynthia, Marpha ya expió sus culpas, si las tuvo, cuando su hija se casó con Crolin y murió a los dos años. Ahora merece que se la ayude, sobre todo, si se piensa en el niño. Cynthia asintió pensativamente.

—Sí, tienes razón —convino—. Es preciso ser indulgente… y, a fin de cuentas, yo no puedo tirar la primera piedra.

—Me alegra oírte hablar de ese modo. Y como tienes tan buenos sentimientos, voy a premiarte.

—¿Con los pendientes?

Baxter se levantó en el acto.

—¡Eh!; ¿adónde vas? —se extrañó ella.

—Ya veo que valgo menos que unos pendientes…

Cynthia rió, mientras tiraba de la mano del joven.

—Anda, dame el premio ahora. Los pendientes… si llegan, bien, y si no… —Le miró largamente—. Te prefiero a ti, Budd.

—Voy a demostrarte que tus preferencias no son injustificadas —contestó Baxter, a la vez que encerraba en sus brazos la esbelta cintura de la joven.

* * *

—He localizado a Ikai —dijo Kissel.

—¿Y…?

—Diez mil.

Crolin saltó en su asiento.

—¡Ladrón! —masculló.

—Es su precio, señor —dijo el secretario.

—Si, al menos, hubiese garantía de éxito…

—Hay garantías —afirmó Kissel.

Los dedos de Crolin tabalearon sobre la mesa.

—Además, será una cosa silenciosa y discreta, señor —agregó Kissel.

Crolin continuó silencioso. El secretario aguardaba pacientemente.

—Muy bien —dijo Crolin, al cabo—. Ocúpate de reunir el dinero. Pero cortaremos los billetes por la mitad.

—No, señor.

Crolin alzó los ojos hacia su secretario.

—Evans…

—Ikai se ha adelantado en este aspecto. Garantiza el éxito, pero no quiere billetes partidos.

—¿Por qué? Una vez terminada la tarea…

—Alguien le encomendó una vez un trabajo parecido y le pagó con billetes partidos por la mitad. Cuando fue a recoger la otra mitad de los billetes, le pegaron un tiro. La suerte de Ikai fue que sólo le hirieron en un costado. El que disparó fue reducido a cachitos por el propio Ikai.

—Ya no quiere correr más riesgos —murmuró Crolin—. Está bien, pero hazle una advertencia. Si falla, será su último trabajo.

—No fallará, señor.

Kissel dio media vuelta, pero Crolin le detuvo con un gesto:

—Aguarda un momento —dijo, a la vez que le tendía un papel—. Quiero que localices a este tipo. Es su dirección antigua, pero ya no vive ahí. Búscalo, quiero encontrarlo cuanto antes.

Kissel leyó el papel.

—Doctor Jason Malvin… ¿Quién es?

—No te preocupes. Haz que lo localicen. Yo me encargaré del resto —dijo Crolin, ásperamente.

—Muy bien, como ordene.

—¡Ah!; ¿qué hay de los Solatti?

—Sin noticias, señor.

—Está bien, puedes irte.

Al quedarse solo, Crolin, por primera vez en muchos años, sintió miedo. No era miedo a perder a su hijo, ni siquiera su fortuna, sino un miedo que ni él mismo quería admitir.

* * *

La puerta se abrió casi un minuto después de que Baxter hiciera la llamada. Baxter sabía que el ocupante del apartamento le había observado a través de la mirilla. Era lógico, pensó.

El ocupante de la casa era un hombre de unos treinta y seis años, de buena presencia y rostro apacible.

En aquellos momentos vestía un batín casero, con pañuelo de seda al cuello,

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—Usted es Arthur Davenport —dijo Baxter,

—Así me llamo, en efecto.

—Los amigos le llaman Artie. Yo soy *Budd* Baxter.

En los ojos de Davenport hubo un leve chispazo de sorpresa, prestamente apagado. «Me conoce o ha oído hablar de mí, pero no quiere demostrarlo», pensó Baxter.

—¿Y bien? —dijo Davenport.

—Necesito hablar con usted. Cuestión de cinco minutos, por favor. Davenport se apartó a un lado.

—Entre —invitó fríamente.

Baxter cruzó el umbral y se encontró con una sala espaciosa, dividida en dos planos, por una escalera de cuatro peldaños. Resultaba evidente el buen gusto de Davenport. En una de las paredes, había un gran cuadro, de más de dos metros de largo por uno y medio de alto. Era un atractivo paisaje montañoso, con un lago en el que se reflejaban las cumbres nevadas. Pese a lo tópico del tema, se notaba la mano de un artista de mérito.

—¿Desea algo de beber, señor Baxter? —invitó Davenport.

«Este hombre mata a la gente por dinero y vive tan pacíficamente como un empleado con un buen cargo», pensó el visitante.

—No, muchas gracias. Lo que deseo es, simplemente, que me diga quién le pagó por matar a Billy Robbins.

Hubo un instante de silencio. Baxter oyó claramente el ruido del whisky al caer de la botella al vaso ancho.

—El alcohol no es bueno para un asesino profesional —añadió Baxter.

—Un trago, de vez en cuando, no hace ningún daño.

La tensión era evidente. Baxter se daba cuenta de que Davenport sabía que no podía ocultar su profesión.

—Podría decirle que no sé de qué me está hablando, pero prefiero mencionar un hecho muy simple: no hay pruebas —dijo Davenport, al cabo de unos segundos.

—Artie, usted es un hombre leal a quien le paga.

Pero ¿no ha pensado en que algún día pueda convertirse en un estorbo?

—Me necesitan —sonrió Davenport.

—En este mundo, nadie es imprescindible. Los tipos como usted abundan mucho, por desgracia.

—Pero ninguno tiene mis cualidades. Jamás fallo, y no dejo nunca el menor rastro. —Sólo deja las balas que quedan en el cuerpo de sus víctimas.

—Es inevitable —contestó Davenport, cínicamente.

—Eso puede llegar a perderle algún día, Artie.

—Suponiendo que todo lo que dice usted sea cierto, lo primero que debe hacer la policía sería encontrar el arma con la que se cometió el crimen.

—Y no la encontrarán jamás.

—Usted, ¿qué cree? —se burló Davenport.

—Ya. Además, para hacer un registro en esta casa, se necesitaría una orden judicial, ¿verdad?

Davenport movió una mano.

—Adelante, amigo —invitó—. Usted no es policía ni trae orden judicial alguna para registrar mi casa, pero le permito que lo haga. Con toda libertad.

Baxter le miró recelosamente.

—En cuanto le volviera la espalda, me pegaría un tiro —dijo.

Davenport sacó las manos de los bolsillos del batín.

—¿Quiere registrarme? —le desafió—. ¿Acaso piensa que cada vez que alguien llama a la puerta me echo una pistola al bolsillo?

«Un hombre astuto, de enorme inteligencia», pensó Baxter.

Davenport guardaba su armamento en el lugar menos imaginable. Tenía que actuar así, si quería sobrevivir.

—Aceptaré su oferta —dijo, al cabo.

—Muy bien, empiece. ¿Le importa que me siente?

—¡Oh, está en su casa! —respondió Baxter cortésmente.

Baxter empezó a moverse aquí y allá, con aire intrascendente. De vez en cuando, levantaba los cojines de alguna butaca o miraba detrás de un cuadro pequeño.

Al pie del cuadro que representaba el paisaje montañoso, había una estantería con libros. Baxter empezó a mirar por detrás de los libros.

Así estuvo durante un par de minutos. Súbitamente, alzó la mano izquierda y, con el índice, presionó en la esquina inferior del marco del cuadro grande.



Se oyó un leve chasquido y el cuadro empezó a deslizarse a un lado.

Capítulo VII

EL cuadro siguió deslizándose, hasta dejar al descubierto un hueco de unos veinte centímetros de profundidad, de dos metros de largo y uno y medio de altura. En el hueco había un completísimo arsenal.

Baxter vio un par de fusiles automáticos, otro de caza, dos revólveres de distintos calibres, una pistola de calibre 25, una ametralladora y dos automáticas, ambas con sus respectivos silenciadores. Incluso había una antiquísima «Derringer» de dos cañones, aunque tan pulida y brillante como el día en que salió de la fábrica. Aquella pistolita era tan mortífera como las demás armas.

Las cajas de cartuchos, de distintos calibres, se hallaban al pie, así como un par de baquetas y otros útiles de limpieza. Sí, era un arsenal, en el que Davenport podía elegir el arma más conveniente para el trabajo encomendado.

Durante unos segundos, permaneció en la misma postura. Súbitamente, se volvió.

Davenport, arrojando llamas por los ojos, caía sobre él, dispuesto a golpearle con el puño cerrado en la cabeza, ya que no tenía armas a mano, en aquel instante. Baxter había percibido el jadeo de una respiración muy agitada, lo que le había permitido volverse a tiempo.

En cierto modo, Davenport le atacaba mediante un *Suri-Age* o golpe deslizante al rostro. Baxter alzó su brazo izquierdo y, con el borde cubital, apartó el puño de su atacante. Al mismo tiempo, con el puño derecho, golpeaba el plexo solar de Davenport. Bloqueo y golpe fueron simultáneos y Davenport quedó ya indefenso.

Para rematar su acción, Baxter ejecutó un fulminante *Uki-goshi* o volteo de cadera.

Davenport quedó boca arriba, jadeante, sin respiración, completamente derrotado. Antes de que pudiera reaccionar, Baxter le ató las manos a la espalda, con el propio cordón de su bata.

Luego fue a uno de los dormitorios y rasgó una sábana en tiras. Los tobillos de Davenport quedaron igualmente ligados.

—Cuando me suelte, haré un trabajito gratis, por mi propia cuenta —dijo Davenport, un poco más rehecho.

Baxter sonrió.

—Lo dudo mucho —dijo—. Ya sé que no me vas a decir que fue Crolin el que te ordenó matar a Robbins, pero eso no me importa en absoluto.

Se acercó al cuadro y tocó el resorte. El cuadro volvió a ocupar su posición normal.

—Un método ingenioso —comentó—. Pero esa esquina del marco se diferencia demasiado del resto.

Presionó el resorte por tercera vez y el arsenal quedó de nuevo al descubierto.

—Una de esas armas cortas sirvió para liquidar a dos tipos llamados Kelly Leon y Tyler Dealey —añadió—. En Nueva York hay un buen departamento de Balística. Muy pronto sacarán unas conclusiones altamente esclarecedoras.

Davenport se puso pálido.

—Suélteme —pidió—. Suélteme y le diré…

—¿Qué me vas a decir, que te lo ordenó Crolin? En todo caso, díselo a la policía. Tú me importas mucho menos que Crolin, ¿comprendes?

Baxter se acercó al teléfono.

—No sé si les dirás a los policías que fue Crolin quien te pagó por matar a Robbins o no. Puede, incluso, que prefieras callar… pero encerrándote en la cárcel privo a Crolin de una preciosa *herramienta* de trabajo. ¿Lo entiendes ahora?

Davenport soltó una horrible maldición. Impasible, Baxter marcó un número de teléfono.

—¿Policía? —dijo poco después—. Escuche atentamente. Voy a indicarles dónde pueden encontrar al asesino de Leon y Dealey…

Medio minuto más tarde, Baxter, desde la puerta, agitó la mano burlonamente.

—Suerte, *herramienta* —se despidió.

* * *

—La señora no debe preocuparse por el señor —dijo Koye, a la vez que se inclinaba para llenar la taza que Marpha tenía ante sí—. ¿Leche o limón? —consultó.

—Solo, muchas gracias —contestó Marpha—. Pero hace días que él no me dice nada…

De pronto, se oyó un ruidito en la cerradura. Koye se irguió.

Marpha miró hacia la entrada. Súbitamente, Koye lanzó un alarido estremecedor:

—¡Kiai!

Marpha creyó que el sirviente se había vuelto loco. Con ojos desorbitados, lo vio precipitarse hacia Baxter, saltando como un gamo, con el pie derecho extendido hacia su mentón.

Baxter reaccionó velozmente. Agarró el tobillo de Koye y empujó

con fuerza hacia arriba. Sorprendido en el aire, Koye dio una vuelta completa sobre sí mismo y cayó al suelo, soportando el choque con pies y manos, simultáneamente.

En el acto, Baxter se arrojó sobre él y lo agarró por los brazos, que estiró hacia atrás.

—¡Ríndete, canalla! —exclamó.

—Me rindo… Estoy derrotado…

Baxter soltó al sirviente y se puso en pie de un salto. Vio a Marpha, que contemplaba la escena con ojos de pasmo, y se echó a reír.

—No temas —dijo—. Tim suele recibirme así, cada vez que vuelvo a casa.

Juntó ambas manos y se inclinó ceremoniosamente. Koye repitió el saludo.

—El hombre prevenido es siempre invencible —dijo Koye.

—El fiel servidor procura siempre que su amo esté siempre prevenido —sonrió Baxter—. De todos modos, no vuelvas a dar un susto semejante a la señora Still-Brown.

—Lamento profundamente mi ligereza y suplico perdón a los dos, con toda humildad. ¿Quiere tomar algo el señor?

—Veo que has hecho té. Tomaré una taza, gracias.

Baxter se acercó a Marpha.

—No nos tomes por locos —dijo—. Me gusta, para la defensa personal, practicar las Artes Marciales Orientales, en las que Tim es un maestro.

—El maestro fue; ya sólo es un indigno discípulo —sonrió Koye.

—Como ves, las finezas no escasean. Marpha, si te hemos asustado, discúlpanos.

—No tiene importancia —sonrió ella—. Pero me siento muy nerviosa…

—Sí, es comprensible. De todos modos, este es un asunto que requiere mucha paciencia.

—¿Cuáles son tus proyectos, Budd?

—Quiero poner nervioso a Crolin y obligarle a que cometa un error. Entonces, podré presentar una demanda legal en tu nombre.

—¿Y si no lo consigues?

—Si Crolin fuese un hombre honrado, te diría que habías perdido el caso. Claro que si fuese honrado, tú no le quitarías el nieto… y podrías verlo con gran frecuencia.

—Eso es cierto —suspiró Marpha—. Pero me dijiste que sabías dónde está… ¿No puedes llevarme a que lo vea, siquiera de lejos?

—No —contestó Baxter, con firmeza—. No quiero que Crolin tenga el menor asidero legal contra nosotros. Si sus esbirros nos vieran,

incluso a mil metros de la casa donde está Tony ahora, sería capaz de acusarnos de intento de secuestro. Tiene dinero y buenos abogados… y las cosas se nos pondrían, no ya difíciles, sino imposibles.

Baxter tomó un sorbo de té y sonrió.

—Por otra parte, espero acabar el asunto antes de que Tony llegue a su mayoría de edad —añadió.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—Con permiso, señor —murmuró Koye.

Baxter se volvió. Cuando Koye hubo abierto, Baxter vio a un hombre de recio cuerpo y rostro granítico, que tenía algo en la mano.

—Soy el teniente Charleston —dijo—. División de Homicidios.

—¡Oh, teniente, pase usted, por favor! —invitó Baxter—. ¿En qué puedo servirle?

La mirada de Charleston se paseó escrutadoramente por la sala.

—Hemos detenido a un individuo llamado Artie Davenport, acusado de dos asesinatos. Davenport ha declarado que fue usted quien lo ató y avisó a la policía…

—¿Davenport? —repitió Baxter—. Jamás he oído ese nombre ni conozco al detenido. Además, ni siquiera he salido de casa en todo el día.

—¿Seguro? —dudó el policía.

—Teniente, le presento a la señora Still-Brown, mi huésped durante una temporada. La otra persona es Tim Koye, mi sirviente personal. Ambos confirmarán mi declaración, si es que no cree en mi palabra.

—Así es —dijo Marpha—. El señor Baxter ha estado en casa todo el día.

Charleston hizo un gesto.

—Muy bien, si lo declaran de ese modo… Gracias y dispense, señor Baxter.

—No hay de qué, amigo mío.

Baxter acompañó al policía hasta la puerta.

—Ha sido un placer, teniente —dijo.

Charleston le miró de frente. Había un brillo extraño en sus ojos.

—Señor Baxter, si ha sido usted, gracias —musitó.

El joven mantuvo la misma expresión.

—¡Adiós, teniente! —fue todo lo que dijo.

La voz de Marpha sonó a espaldas de Baxter:

—Budd, ¿quién era ese tal Davenport?

—Una *herramienta* que Crolin solía utilizar con mucha frecuencia. Yo se la he inutilizado, eso es todo.

El teléfono sonó en aquel momento. Baxter lo levantó.

Era Gray.

—Budd, perdona que use este sistema, pero quizá estás acompañado —dijo el director de la agencia—. Y, de todas formas, no iba a decirte más cosas…

—Está bien… ¿de qué se trata?

—Hace algunos años, Crolin tuvo cierta relación con un médico llamado Malvin. Lo he sabido, porque en un viejo recorte de prensa, he encontrado la noticia de que Crolin había visitado a ese tal Malvin. Un periodista lo reconoció, le preguntó por los motivos de su estancia en un lugar tan relativamente alejado del centro de sus actividades… bueno, un sitio modesto, para abreviar. Crolin dijo que el médico y él eran amigos de la infancia y que, simplemente, había ido a charlar un rato con Malvin. Puede que esto no represente nada, pero creo que tampoco debemos desdeñar ningún detalle, por pequeño que sea.

—Has hecho bien, Denis —aprobó el joven—. ¿Quieres darme la dirección?

—Sí, desde luego.

Baxter colgó el teléfono poco después.

Consultó la hora. Ya era tarde para ver a Malvin. Y, realmente, el caso no tenía necesidad de apresuramientos que podían resultar acaso perniciosos.

Durante unos segundos, permaneció pensativo. Luego se volvió hacia la huésped.

—Marpha, ¿quieres decirme la fecha exacta de la boda de Fraser con Crolin? —solicitó.

Ella le dio la respuesta deseada. La visita de Crolin a Malvin había tenido lugar casi tres meses antes de la boda.

Malvin era, al parecer, un médico modesto. Acaso su amistad con Crolin tenía otros motivos que los de haber crecido juntos. Crolin había sido siempre un empedernido aficionado a las faldas. Si se iba a casar con una muchacha que pertenecía a la *jet-society* y estaba enfermo, ¿por qué no acudir a un médico apenas conocido? La discreción en el tratamiento de la dolencia estaba asegurada, dedujo.

La información no parecía tener importancia, pero tampoco se podía desdeñar.

* * *

Baxter se paró frente a la casa y la contempló, críticamente, desde el tejado a los cimientos. Allí ya no vivía el doctor Malvin. Aquella casa, cuyo número correspondía exactamente al que le había facilitado Gray, había sido construida hacía menos de un año.

—Apostaría a que está buscando a alguien —dijo, de pronto, una

voz a su derecha.

Baxter volvió la cabeza. Apoyada en la verja de hierro que protegía el hueco del semisótano del edificio, había una mujer de rostro muy pintado. Era aún joven, pero ya se veían en sus facciones los estragos de una vida poco tranquila.

—Además, no es policía —añadió ella, sonriendo de un modo especial—. Tengo un olfato infalible; los distingo a una milla de distancia.

—Señora, su perspicacia me ha dejado pasmado. Busco a alguien y no soy policía, en efecto. Se llama Jason Malvin…

—¡Ah, el doctor Malvin! Ya no vive aquí, amigo.

—Me llamo Baxter, *Budd* Baxter. ¿Conoció usted al doctor?

—Sí, desde luego. A propósito, yo soy Kate Morgan.

—Encantado, señora Morgan. ¿Me permite invitarla a una copa? O a dos, las que guste…

Kate se separó de la barandilla. El vestido, observó Baxter, estaba muy ajustado a un cuerpo de agradable apariencia todavía, aunque, en buena parte, la faja contribuía mucho a mejorar la silueta femenina.

Minutos después, estaban sentados a ambos lados de una mesa. Kate pidió una ginebra doble. Baxter se conformó con un café.

—¿Por qué busca a Malvin? —preguntó ella.

—Asuntos personales. Si no está aquí, ¿dónde vive ahora?

—Lo siento, se marchó hace cinco o seis años. Dijo que había obtenido un buen contrato en un hospital, empaquetó todas sus cosas y se largó. El contrato debía de ser bueno, porque se compró un coche nuevo y unos cuantos trajes. De la noche a la mañana, mejoró como si hubiese heredado a un tío muy rico.

Baxter entornó los ojos. En la súbita prosperidad del galeno, Crolin debía de haber tenido una parte muy importante. Pero ¿por qué?

—Kate, el doctor Malvin, ¿hacía cosas ilegales? —preguntó.

—Alguna vez, creo, atendió a algún herido de bala o por un cuchillo, y si la cosa no tenía importancia, callaba y no decía nada a la policía. Pero, en general, era honesto. Yo lo sé, porque más de una conocida mía fue a verle al enterarse de que estaba embarazada y Malvin se negó, siempre, a esa clase de suciedades. Esto es positivo, Budd, puedo garantizárselo. En cuanto a lo otro… ¡bah!, ¿qué médico de estos barrios no ha cerrado los ojos más de una vez?

—Sí, es posible —convino Baxter, sonriendo—. De modo que no sabe dónde está Malvin ahora.

—Ni idea. Le he dicho todo lo que sé. Oiga, ¿por qué no compramos una botella y nos vamos a mi apartamento…?

Baxter metió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de diez dólares.

—Gracias por la invitación, pero tengo trabajo —se despidió.

Kate quedó sola en la mesa, especulando sobre el posible interés de Baxter en un médico que había desaparecido del barrio cinco años antes. De pronto, recordó los dos billetes que le había entregado y sonrió, mientras los guardaba en el centro de un opulento escote.

De súbito, notó que no estaba sola. Alzó la cabeza, vio al hombre y sintió un escalofrío.

—Ese tipo que estaba contigo, ¿era Baxter? —preguntó el hombre.

—Sí…

—Ha estado buscando información, supongo.

—Es… es verdad…

El hombre sonrió.

—No temas, preciosa —dijo, a la vez que se sentaba frente a ella y enseñaba cinco billetes de a diez dólares—. Yo también quiero información. Y soy más generoso que

Baxter.

Kate se tranquilizó. Los cincuenta dólares fueron a reunirse con los veinte anteriores, en el mismo sitio.

—Pregunta todo lo que quieras —invitó.

Capítulo VIII

—ES todo lo que he podido conseguir —dijo Baxter aquella misma tarde, en su cuarto de comunicaciones.

Frente a él, en la pantalla, Gray se acarició la mandíbula.

—Malvin era un médico honesto, hasta cierto punto. Como te dijo la informadora, si alguna vez curó a algún vecino de un balazo o una cuchillada y no avisó a la policía, sería porque las heridas no tenían importancia. Pero no hacía prácticas ilegales de la medicina y, en general, estaba bien considerado en el barrio. El problema estriba en saber por qué demonios tuvo que visitarle Crolin.

—Ya te he expuesto mis sospechas. Las visitas de Crolin tuvieron lugar semanas antes de la boda.

—Vamos, Budd, no seas ingenuo. Un tipo como Crolin no hace rico a un médico sólo por tratarle de una vulgar enfermedad venérea. Crolin tenía ya la suficiente categoría como para hacer que un buen médico viniera a su casa a tratarle, con mayor discreción todavía. Si Malvin se enriqueció, fue por algo muy extraño. Era honesto, pero Crolin debió de darle el dinero suficiente para hacer que abandonase la ciudad.

—Eso significa que Crolin no quería que un día Malvin divulgase su secreto.

—Exactamente.

—No lo entiendo. Tú tienes razón, Denis; Malvin se hizo rico… pero, ¿cuál es el secreto?

—Voy a darte un consejo, Budd.

—¿Sí?

—¿Por qué no se lo preguntas al propio Crolin?

Baxter soltó un bufido.

—No te burles de mí —rezongó. Hizo una pausa y añadió—: Está bien, trataré de buscar a Malvin.

—Malvin es una aguja en un pajar. ¿Cuántos años tenía?

—Unos cincuenta…

—Entonces, no hables más: está en la soleada Florida o en la amable California. Es el refugio de las personas maduras.

Baxter apagó el televisor y encendió un cigarrillo. Sí,' sería cosa de empezar a buscar a

Malvin. ¿Florida? ¿California?

A la misma hora, Crolin estaba hablando por teléfono.

—Tengo un plan —dijo su interlocutor.

—Supongo que será bueno.

—Desde luego. Pero voy a esperar un par de días.

—¿Por qué?

—¿Tiene mucha prisa?

—Lo quiero pronto, pero con seguridad.

—Entonces, espere esos dos días. De esta forma, la cosa resultará totalmente segura.

—Muy bien, de acuerdo.

Kissel entró en el despacho poco después.

—Davenport ha sido acusado de homicidio en primer grado —informó.

Crolin se reclinó en su sillón.

—Puede hablar —opinó.

—Eso creo yo. No se encontrarían pruebas contra nosotros, pero el escándalo resultaría inevitable.

—¿Ha ido DeLong a visitarle?

—Por supuesto. Intentó la libertad bajo fianza, pero el juez rechazó la demanda. DeLong alegó que alguien pudo poner la pistola en su arsenal secreto, pero el fiscal se le rió en las barbas. Si sólo se hubiera tratado de una pistola, debajo de un cojín del diván… pero en aquel compartimento secreto… Ni siquiera podía alegar la excusa del coleccionismo. Un coleccionista exhibe sus armas, aunque las tenga en lugar seguro, para evitar posibles robos; jamás las tiene ocultas detrás de un cuadro.

—En resumen, Davenport va a ser procesado.

—Sí, eso es inevitable.

Crolin se pellizcó el labio inferior.

—Ya sé —dijo al cabo—. Prepara un cigarro. DeLong se lo entregará cuando vaya a visitarle de nuevo.

—No sé si querrá…

—Si no quiere, irá a hacer compañía a Davenport en la misma celda —dijo Crolin duramente.

* * *

—Lo tienes difícil, pero te sacaremos adelante —dijo DeLong, al día siguiente, en la sala de visitas.

—A él le conviene sacarme del atolladero —contestó Davenport.

—Tonto, ¿para qué estoy yo aquí? —sonrió el abogado—. La ley tiene mil trucos, ¿comprendes? Ahora bien, debes de tener un poco de paciencia; hay cosas que no se pueden hacer en un solo día.

—Está bien, pero no tarde demasiado, o me sentiré impaciente.

—Descuida, Artie.

DeLong se puso en pie. El preso le imitó. Entonces, DeLong sacó un cigarro y se lo puso entre los dientes.

—¿Quieres uno, Artie?

—Acepto —sonrió el pistolero.

Había un guardia situado a corta distancia. DeLong le entregó otro cigarro.

—Habanos legítimos, agente. Estos ya no se encuentran hoy día en el país —sonrió.

El guardia paseó el cigarro bajo la nariz.

—Gracias, señor DeLong. Me lo fumaré a su salud. Vamos, Davenport.

Los dos hombres echaron a andar. Una vez en el pasillo de celdas, Davenport se volvió hacia el guardia.

—¿Tiene fuego?

—Claro.

Davenport aspiró hasta que vio que el cigarro tiraba satisfactoriamente.

—Buen tabaco —elogió.

—Yo me lo fumaré esta noche, después de cenar —sonrió el vigilante.

—Sí, en casa, frente al televisor y con los pies encima de la mesa.

Davenport entró en su celda, cuya puerta se cerró de inmediato. En pie, de espaldas a la entrada, mantuvo el cigarro con los dientes mientras aspiraba el humo en toda su intensidad.

«Sí, ellos me sacarán —pensó—. Y si no…»

Entonces, el cigarro explotó.

* * *

Baxter leyó la noticia en el diario al día siguiente. Davenport había muerto a causa de un cigarro, en el que se había colocado una pequeña pero potente carga explosiva, que le había hecho desaparecer la mitad anterior del cráneo.

El cigarro le había sido entregado por su propio abogado. Interrogado, DeLong declaró no haberse repuesto todavía del susto. La caja de habanos, manifestó, le había sido obsequiada un par de meses antes, aunque no podía decir el nombre del donante, porque lo desconocía. Cuando se la regalaron, pensó en un cliente agradecido. No era la primera vez, por supuesto, pero ¿cómo iba a pensar que había en un cigarro el suficiente explosivo como para volar la cabeza de una persona? Sí, claro, tenía enemigos… en general, todos los que

habían estado frente a él en un pleito y lo habían perdido.

—A Crolin no le gustan las bocas abiertas, que pueden comprometerle —dijo Baxter, después de leer la noticia.

—Lo que no entiendo es cómo DeLong se pudo prestar a semejante fechoría —exclamó Marpha.

—DeLong tuvo que hacerlo, no le quedó otro remedio.

—¿Supones que Crolin le presionó?

—Claro.

—Pero él podía negarse…

—Marpha, estoy seguro de que DeLong no se hallaba en condiciones de negarse a una orden de Crolin. Este tiene algo en su poder que lo compromete o, de lo contrario, DeLong no habría gastado un valioso habano en Davenport.

Marpha se estremeció.

—¡Y pensar que ese hombre fue el esposo de mi hija!

—Crolin quería respetabilidad, aún más que dinero. Y, por supuesto, un hijo. Pero no de una mujer cualquiera, sino de una muchacha de la más encopetada sociedad. Ya lo tiene todo, excepto la esposa.

—Eran diez millones. Cinco son de Tony —murmuró ella.

—El dinero le sirvió para ampliar sus negocios, posiblemente, los más lícitos, pero, al mismo tiempo, constituía un amplio respaldo económico para otras operaciones menos legales.

De súbito, sonó el teléfono. Koye servía el desayuno y levantó el aparato.

—Residencia del señor Baxter —dijo.

—Oiga, soy el doctor Malvin. Necesito hablar urgentemente con el señor…

—Un momento, por favor. —Koye extendió el brazo—. Señor, el doctor Malvin.

Baxter saltó en su asiento.

—¡Malvin! —exclamó

Agarró el teléfono.

—Soy Baxter —dijo—. Hable, doctor.

—Señor Baxter, ayer estuve en mi viejo barrio, casualidad. Pasé casualmente y me detuve unos momentos para hablar con viejos amigos. Una joven me dijo que usted le había preguntado por mí.

—Sí, es cierto, doctor.

—Señor Baxter, si he de serle sincero, he venido a Nueva York solamente por un asunto que requería imprescindiblemente mi presencia. Me iré muy pronto y no pienso volver más. Le seré franco: tengo miedo de Crolin.

—Sí, me lo imagino.

—Puedo contarle muchas cosas, aunque no por teléfono, desde luego. Escuche, venga a verme al número trescientos veinte de la calle Ciento Diecinueve Este. Es un edificio abandonado, se lo anticipo para que no se extrañe… pero es que me parece el lugar más adecuado para vernos sin que Crolin se entere. Tiene espías por todas partes, ¿sabe?

—De acuerdo, doctor; iré ahora mismo.

Baxter colgó el teléfono *y* miró a Marpha con ojos brillantes.

—El doctor Malvin va a enterarnos de algo que puede ser la ruina de Crolin —dijo.

Tenía la chaqueta colgada en el respaldo de la silla y se la puso en el acto.

—Aguarda mis noticias, Marpha —se despidió.

—Llámame pronto, Budd —rogó ella.

* * *

El edificio estaba abandonado, saltaba a la vista. Incluso se habían iniciado ciertos trabajos de demolición, que luego habían sido suspendidos.

Era un lugar tétrico, siniestro, lleno de escombros y suciedad. A Baxter le parecía hallarse en otro mundo, cuando, en realidad, estaba a muy pocos kilómetros de su casa.

Bajó del coche y buscó la entrada, un viejo portón de madera, cuyas ruedas chirriaron en el carril superior, al deslizarse a un lado. La planta estaba desierta.

Frente a él, Baxter vio una rampa que conducía a las plantas superiores, en la mayoría de las cuales faltaban los tabiques. De pronto, Baxter se sintió aprensivo.

«Ahora me encontraré con el cadáver de Malvin…», pensó, pero rectificó de inmediato.

Malvin no podía citarle allí de ninguna manera. Aparte de alguna pequeña trampa con la ley, era honesto. Y no por el dinero que le hubiese dado Crolin, sino por propia convicción, guardaría el secreto profesional con celo absoluto.

La llamada era, pues, una encerrona.

Dudó un momento. Luego, sin más vacilaciones, acometió la rampa.

La primera planta estaba desierta. En la segunda y en la tercera no había tampoco nadie.

El hombre apareció en la cuarta planta, sonriendo aviesamente. Era algo más alto que Baxter y de buena musculatura. Pero, casi en el

acto, Baxter presintió que el sujeto era aún más hábil que fuerte.

—Usted no es Malvin —dijo.

—Tiene razón —contestó el otro—. Mi nombre es Danny Ikai. Como puede apreciar, no tengo inconveniente en decírselo.

—Porque piensa que va a matarme.

—Exactamente.

En la ropa del hombre no se advertía el menor bulto indicador de una pistola oculta. Ikai era, en parte, oriental. Claro que eso no tenía nada que ver con sus intenciones; Baxter conocía a individuos de raza blanca todavía peores.

El silencio era absoluto. A veces, sin embargo, se oía el distante claxon de un automóvil.

—¿Cuál es su método preferido, Ikai? —preguntó Baxter.

El asesino extendió las manos.

—Esto —dijo.

Baxter retrocedió un par de pasos. De pronto, tropezó ligeramente, pero se rehízo.

El suelo estaba cubierto, en parte, de escombros caídos de la planta superior. A la derecha, a seis u ocho pasos, había un hueco que llegaba hasta la planta baja. El montacargas que lo había ocupado primitivamente había sido desmontado y retirado.

Súbitamente, Ikai lanzó un potente grito, a la vez que se lanzaba a la carga:

—¡Kiai!

Capítulo IX

EL pie derecho de Baxter estaba debajo de una enorme lasca de yeso y ladrillo, que voló fulgurantemente por los aires, en el momento en que Ikai saltaba hacia él. El inesperado proyectil desequilibró el impulso de Ikai, que necesitó desviarse a un lado para esquivar el impacto.

Ikai había perdido la iniciativa. Baxter saltó hacia adelante, golpeó su tórax con la cabeza, lo derribó y pasó por encima, dando una agilísima voltereta en el aire. Cayó de pie y se volvió en el acto.

Ikai se incorporaba, arrodillado, girando al mismo tiempo. Baxter amagó con el pie derecho a la mandíbula. El otro alargó ambas manos para aprisionar el tobillo. Baxter golpeó entonces con el otro pie, alcanzándole en el codo izquierdo. Ikai gritó, rodó a un lado y volvió a levantarse, frotándose fuertemente el miembro afectado.

—Conoces bien el karate —dijo.

—No se me da mal —sonrió Baxter—. Ikai, dejemos esto —propuso —. Me imagino quién te ha pagado por matarme. No puedo ofrecerte dinero, pero sí algo que vale mucho más: la vida.

—¿Crees que conseguirás derrotarme?

—Te ofrezco la oportunidad de vivir. Guarda el dinero que te han pagado y vete de Nueva York. De lo contrario, no disfrutarás ese dinero.

Ikai movió lentamente la cabeza.

—Cuando me pagan, cumplo —respondió, escuetamente.

Y, de súbito, pasó nuevamente al ataque.

Esta vez cargó con una doble patada lateral, poniendo el cuerpo completamente horizontal, a la vez que movía ambos pies velocísimamente. Uno de los dos debía alcanzar a su adversario, pero Ikai siguió adelante, sin encontrar otra cosa que el vacío.

Baxter había saltado lateralmente, girando un cuarto de vuelta. Cuando Ikai pasó por delante de él, la espalda completamente vuelta, le golpeó rapidísimamente con los dos puños en los riñones.

Ikai aulló. Cayó al suelo y quedó levemente inmóvil, jadeante, sin fuerzas para moverse.

—No insistas —dijo Baxter.

Ikai se llenó los pulmones de aire. De súbito, se puso en pie.

Ahora tenía algo brillante en la mano derecha. Era un *shuriken*, una de las numerosas armas que la mente oriental ha sido capaz de

concebir, la media luna, con empuñadura del mismo acero y el filo de una navaja de afeitar. Baxter sabía muy bien qué efectos podía causar aquel terrorífico cuchillo.

Ikai dio un salto hacia su derecha y se lanzó a fondo hacia el costado opuesto. El *shuriken* se movió semicircularmente. Buscaba su estómago. Un corte, pensó Baxter, mientras esquivaba el golpe, y sus tripas saltarían fuera.

Ikai le tiró otro viaje. Baxter volvió a saltar, pero ahora quedó a su derecha, a fin de aplicarle un *Haito uchi* o golpe semicircular con el canto de la mano, pero Ikai, adelantado, con el brazo extendido, al fallar el golpe, adivinó su intención y repitió el salto, con lo que la mano de Baxter sólo encontró el vacío.

Baxter se dio cuenta de su fallo y se dejó caer hacia adelante, girando al mismo tiempo, de modo que fueron sus hombros los que tocaron el suelo. Ikai giraba también, con el brazo extendido y el *shuriken* al extremo, moviéndole como si fuese una guadaña.

En cierto modo, era una situación cómica, porque los dos contendientes habían fallado sus respectivos golpes, pero la lucha no iba en broma precisamente. Ambos sabían que sólo uno de los dos saldría con vida de aquel solitario edificio.

Baxter usó los hombros y los talones para tomar impulso, con lo que se puso en pie de un salto. Ikai se lanzaba nuevamente al ataque. Ahora su mano se movía al extremo de un brazo completamente rígido. La media luna de acero, que tenía una anchura de unos doce o quince centímetros, actuaba como si fuese el hacha de un leñador, sólo que con movimientos rapidísimos, apenas imposibles de seguir con la vista.

Baxter retrocedió lentamente, saltando de vez en cuando para esquivar alguno de aquellos *hachazos*. De pronto, se detuvo y plantó cara a su adversario.

En los ojos de Ikai brilló una chispa de júbilo. Tomó aliento y, de súbito, repitió el grito penetrante:

—¡Kiai!

Ikai se tiró a fondo, con todo el peso de su cuerpo. Entonces, Baxter se lanzó a un lado, en *plongeon*, alejándose cuatro o cinco metros de su enemigo. La media luna sólo encontró el vacío, pero su dueño ya no podía contener el impulso adquirido.

Se oyó un alarido desgarrador. Ikai se precipitó hacia el hueco y cayó a lo largo de cuatro plantas, las que, debido a que se trataba de un viejo edificio industrial, tenían una altura mayor de lo corriente. Baxter, a gatas, asomó la cabeza por el borde.

El impacto apenas si se oyó. Baxter, morbosamente fascinado, vio que Ikai, pese al golpe de la caída desde más de quince metros de

altura, se ponía en pie. Pero aquella reacción sobrehumana duró un solo instante. Casi en el acto, Ikai dio un par de pasos vacilantes y, al fin, se desplomó de espaldas.

Un enorme río de sangre brotaba de su pecho. Baxter se levantó y sacudió maquinalmente la ropa. Luego emprendió el descenso.

Ikai tenía los ojos fijos en las alturas. Baxter vio que el mango de la media luna asomaba apenas un par de centímetros por su cuerpo. Al caer, el *shuriken* había quedado debajo, hundiéndose luego en el pecho del asesino.

Baxter meneó la cabeza. Se preguntó cómo habrían enviado contra él a un experto en las Artes Marciales. Tal vez el informe de los dos primeros hampones había tenido mucho que ver en el asunto.

El silencio había vuelto totalmente al edificio. Baxter dio media vuelta y buscó la salida.

* * *

—No era Malvin —dijo aquella tarde, mientras sostenía la taza de café con una mano y el plato con la otra.

Marpha le miró inquisitivamente.

—¿Entonces…?

—Me engañaron —contestó él, brevemente.

Tomó el café y se reclinó en la butaca.

—Estaba pensando… Pero, claro, necesitaría tu permiso —dijo, dubitativo.

—Sabes que tienes entera libertad para actuar —dijo Marpha.

—Hemos llegado a un *impasse*. Nosotros no podemos derrotar a Crolin, y él ha debido de darse cuenta de que tampoco puede seguir en este plan. Es decir, la contienda ha llegado a un punto poco menos que de equilibrio absoluto. Las fuerzas están igualadas y ninguno de los dos contendientes es capaz de conseguir que la balanza se incline en su favor.

—Crolin insistirá en atacarte…

—Lo sé, pero ahora tendrá que esperar algún tiempo, no sólo por pura precaución, sino porque debe idear un plan que pueda realizarse sin error. Uno de sus principales colaboradores, Davenport, ha tenido que ser eliminado, para no comprometerle. Ahora tendrá que buscar a otro de la misma eficacia y eso no es fácil. Por otra parte, tampoco puede enviarme a sus hampones, como si yo fuese el dueño de una dulcería, que se negase a pagar diez dólares semanales por su *protección*. No, tiene que hacerlo de un modo más refinado… y eso no le resultará fácil.

—A ti tampoco, por lo que veo —observó ella.

—Yo había pensado en plantear una demanda legal, con la consiguiente publicidad. Es posible que eso haga salir a Malvin de su escondite, pero tampoco es seguro…

Marpha se inclinó un poco hacia adelante.

—Haz lo que estimes mejor —sonrió.

—Me lo pensaré esta noche —contestó él.

—Lo consultarás con la almohada, ¿verdad?

El teléfono libró a Baxter de una respuesta comprometedora. Lo cierto era que había llegado a un punto de total indecisión. Simplemente, no sabía qué hacer.

La demanda legal contra Crolin era factible, pero no tenía la menor prueba en qué apoyarse. Crolin podía contraatacar después y demandarle por daños y perjuicios. Sí, la imagen de Crolin podía deteriorarse momentáneamente, pero, a la larga, el suceso se olvidaría y ellos no habrían conseguido nada.

Levantó el teléfono.

—Baxter —dijo.

—¡Hola, Budd! Soy Cynthia. Tengo noticias para ti.

—¿Buenas?

—Tú juzgarás cuando las oigas. Es mejor que vengas a casa y no lo hago solamente por tenerte a mi lado.

—Está bien, iré enseguida.

Baxter dejó el teléfono y se puso en pie.

—Tengo que salir —dijo, sobriamente.

Cuando estuvo en la calle, cruzó al otro lado. El coche negro continuaba en el mismo sitio.

Baxter se acercó a los vigilantes con la sonrisa en los labios.

—El estado de salud de la señora Still-Brown es perfecto —informó —. Díganselo así al señor Crolin.

Un taxi pasaba en aquel momento y Baxter movió la mano. El coche se detuvo. Baxter dio al conductor una dirección imaginaria. Con el rabillo del ojo, había visto que dos individuos de aspecto sospechoso se precipitaban hacia otro coche, estacionado a unos veinte metros más abajo.

Durante unos minutos, el taxi rodó sin dificultades. De vez en cuando, Baxter se volvía para mirar disimuladamente. Sí, el coche les seguía, aunque su conductor procuraba pasar desapercibido. Siempre tenía dos o tres coches delante, pero no perdían su rastro ni un solo momento.

De pronto, alcanzaron un semáforo. Baxter vio a su derecha otro taxi vacío. Lanzó un par de billetes al asiento delantero y abrió la portezuela.

—Siga hasta la dirección indicada —ordenó.

El taxista respingó ligeramente. Luego se dio cuenta de la maniobra y sonrió. Baxter estaba ya en el otro coche, agazapado en el asiento.

—Despacio, amigo —dijo al conductor—. Luego le indicaré la dirección.

El taxi arrancó con cierta lentitud. Baxter vio muy pronto al coche de los espías, que les rebasaba con gran rapidez. Entonces, se relajó y sacó un cigarrillo.

* * *

—Te estás ganando los pendientes de esmeraldas —sonrió.

Cynthia frotó la nariz contra la de su visitante.

—Me gustas mucho —dijo.

—No sabes cuánto lo celebro, preciosa. Pero creo que he venido aquí para recibir cierta información…

Ella le empujó suavemente con ambas manos.

—Siéntate —dijo.

Baxter obedeció. Luego, Cynthia se sentó en sus rodillas y le puso los brazos en torno al cuello.

—Ayer estuve hablando con una antigua conocida. Sé que alguna vez había estado en casa de Crolin y procuré sonsacarla. Bueno, yo no le hice preguntas, sólo dije que conocía a Crolin, que había estado con él hacía algún tiempo y que era una lástima que no encontrase a un tipo como él, *fijo*. Tú ya me entiendes, ¿verdad?

—Desde luego. Continúa, por favor.

—Mi amiga se echó a reír. Luego dijo que tenía la impresión de que Crolin había *virado* hacia el otro bando. No estaba segura de ello, pero hace algún tiempo, Crolin la llamó. Total, que mi amiga se volvió, como había llegado. Ella piensa que Crolin hace eso para que nadie sepa su *defecto.*

—Pudiera ser —murmuró Baxter, pensativamente—. Entonces, no hubo nada entre Crolin y tu amiga.

—No. Él se emborrachó… como hizo cuando yo estuve en su casa hace años. ¡Caramba, Budd, eso no parece normal en un hombre tan atractivo! Es cierto que Crolin anda ya por los cuarenta, pero parece un galán de película.

—Eso sí es cierto. ¿Algo más?

Cynthia movió la cabeza.

—Mi amiga me habló de algo que le pasó a Crolin hace años con los Solatti, unos italianos que tenían tienda de dulces y helados en el mismo barrio en que vivía Malvin —continuó—. Ella no lo sabe, pero

sí recuerda que la hija era una belleza. Algo fuera de serie. Entonces, mi amiga vivía allí y vio a Crolin en un par de ocasiones, merodeando en torno a la tienda de los Solatti. Luego, éstos cerraron el local y desaparecieron. A la hija no la ha vuelto a ver más.

—¿Te dijo el nombre?

—Sí, Jeannie. No sé si estos datos te servirán de algo…

Baxter besó a la joven.

—Preciosa, cuando se realiza una investigación, no se puede desdeñar ningún detalle, por ínfimo que sea —respondió—. Y, sinceramente, creo que estás en el buen camino para ganarte los pendientes.

Cynthia lanzó una alegre carcajada. Luego se apretó contra Baxter, pero el joven se puso en pie rápidamente.

—Otro día, preciosa.

Ella suspiró.

—Me gustaría atarte por un tobillo a la pared —dijo.

—Entonces, ¿qué harías?

—La cadena sería muy larga —sonrió Cynthia.

Baxter le pellizcó una mejilla. Luego, sin decir nada, se encaminó hacia la salida.

* * *

El hombre estaba secando un vaso tras el mostrador, y miró recelosamente a su cliente.

—¿Policía? —dijo.

Baxter puso sobre el mostrador dos billetes.

—No se preocupe de mi profesión —contestó.

—Está bien. Sí, aquí estaba antes la tienda de los Solatti, pero yo no los he conocido.

—Sin embargo, habrá oído hablar algo de ellos… y de un tal Jerry Crolin.

—Un poco.

Baxter añadió un tercer billete. Entonces, el tabernero dejó a un lado el vaso y se acodó en el mostrador.

—La chica era una preciosidad, un verdadero bombón, algo fuera de serie, al menos, según lo que cuentan las gentes del barrio. Tenía los pretendientes como moscas, ¿sabe?

—Me lo imagino. ¿Y…?

—Había una nube de Solatti, el padre, la madre, cuatro hermanos, Jeannie y dos pequeños más, menores que ella. Los hermanos, eran todos tipos duros, los amos del barrio o poco menos… De pronto,

¡paf!, desaparecieron.

—¿Nada más? —preguntó Baxter, decepcionado.

—Algo les pasó y nadie sabe qué fue. Un día, de la noche a la mañana, cerraron el negocio y desaparecieron. De todas formas, sé que antes de su marcha, un día aparecieron por aquí dos tipos, con pinta de matones, y los Solatti les dieron una monumental paliza. Según parece, esos tipos venían a darles dinero… pero ya no sé más.

—Señor Gardner, ¿puede usted indicarme a alguien que haya conocido a los Solatti? Alguien que fuese amigo de ellos…

El tabernero meditó unos segundos.

—Quizá los Sparisi. Tengo entendido que las dos familias hacían fiestas comunes muchas veces. Viven dos manzanas más abajo, en el número trescientos diecisiete.

Baxter hizo un gesto con la mano.

—Gracias —se despidió.

Un cuarto de hora más tarde, Ray Sparisi, de cincuenta años, grueso y con un enorme mostacho dijo que, efectivamente, había sido muy amigo de los Solatti, pero que ahora no sabía dónde podía encontrarlos.

Baxter presintió que Sparisi no le decía la verdad por completo.

—Tengo interés por hablar con cualquiera de ellos —manifestó, a la vez que ponía cincuenta dólares en la mano de Sparisi—. Se trata del jaleo que tuvieron con un tal Crolin.

—¡Ah, Crolin! Sí, lo recuerdo.

—Bien, si un día *recuerda* también dónde están los Solatti, no deje de avisarme.

Baxter entregó una tarjeta a su interlocutor.

—Como verá, hay dos teléfonos. Si no contesta uno de ellos, en el otro habrá siempre alguien dispuesto a oír… cosas interesantes.

Sparisi se puso el índice en la sien.

—Lo tendré presente, señor Baxter —dijo.

El joven se dirigió hacia la puerta.

—Por si le interesa saberlo, yo también tengo una cuenta pendiente con Crolin —se despidió.

Eran unas palabras destinadas a los Solatti, más que a Sparisi. Tenía la seguridad de que éste conocía su paradero y que, de alguna manera, les haría saber que había alguien que se interesaba por Crolin.

Cuando llegó a su casa, se enfrentó con Marpha.

—He decidido plantear la demanda —declaró.

Ella guardó silencio unos instantes.

—Supongo que tendrás motivos para actuar así —dijo al cabo.

—Por ahora no es más que una jugada arriesgada. Es como hacer un envite, confiando en que alguien va a traerte el dinero, aunque sin la seguridad de que llegue a tiempo. Pero presiento que muy pronto tendré el dinero suficiente para respaldar ese envite.

Capítulo X

EL coche se detuvo ante la verja que cerraba el paso a la lujosa propiedad de Crolin. Su conductor tocó la bocina. Un hombre se acercó a la cancela segundos más tarde.

—¿Qué desea? —preguntó, desabridamente.

—Me llamo Baxter y vengo en nombre de la señora Still-Brown. Dígaselo así al señor Crolin.

El guardián se retiró a la caseta que había al lado de la entrada. Baxter aguardó unos momentos. Luego vio al individuo que accionaba un mando eléctrico, lo que hizo deslizarse la verja a un lado.

—Siga hasta la casa —indicó el vigilante.

Baxter pisó suavemente el acelerador. Momentos después, detenía el automóvil bajo un pórtico, sostenido por media docena de columnas.

Dos hombres salieron a su encuentro.

—Hemos de registrarle —dijo uno de ellos.

—Claro —accedió Baxter, con la sonrisa en los labios.

Nunca llevaba armas. Prefería fiar más en su habilidad en las Artes Marciales. Se sentía más a gusto, sin depender de una pistola.

Uno de los esbirros le hizo una señal con la mano. Baxter le siguió hasta una lujosa puerta de paneles de roble.

—Señor Crolin, el señor Baxter —anunció el sujeto.

—Entre, entre —dijo Crolin, benevolentemente.

Baxter cruzó el umbral. Crolin estaba sentado en un enorme butacón, con el brazo derecho en torno a la cintura de una rubia vestida aparatosamente. La rubia le miró, sonriente. Baxter pudo dominarse a tiempo. ¿Qué diablos hacía Cynthia en casa de Crolin? ¿Acaso pensaba traicionarle?

—¿Conoce a la señorita Mac James? —dijo Crolin—. Es una excelente amiga, a la que no había visto hacía años. Ella es de mi entera confianza, así que puede hablar con toda libertad, amigo Baxter. Cynthia, anda, sírvele una copa a nuestro visitante.

—Por supuesto.

Cynthia abandonó el brazo del sillón y onduló hasta una bien provista consola.

—¿Hielo? —consultó.

—Dos cubitos, por favor.

—¿Y bien, Baxter? —dijo Crolin.

El joven esperó a tener el vaso en la mano.

—Se trata de su hijo —declaró—. Mañana, un alguacil del tribunal tutelar de menores de la ciudad de Nueva York, le entregará una citación para comparecer en juicio, en donde será demandado para que entregue al niño a la custodia de su abuela materna, Marpha Still-Brown. Puesto que soy el abogado de la demandante, me ha parecido prudente venir a advertírselo.

Crolin no pareció afectarse demasiado por la noticia.

—¿Acaso busca un arreglo de antemano? —sonrió—. ¿Cuál es su precio, señor Baxter?

—Un niño y cinco millones de dólares.

Crolin se puso bruscamente en pie.

—¡Es mi hijo! La ley está de mi parte —exclamó—. ¿Qué idea tan ridícula le ha dado a esa vieja asquerosa de arrebatarme a mi hijo?

—Vamos a demostrar que usted no es el padre adecuado para un niño que tiene solamente cuatro años de edad y que tampoco merece administrar los bienes que le corresponden, por herencia —contestó Baxter, impasible—. El tribunal fallará a nuestro favor, no lo dude, señor Crolin.

El dueño de la casa sonrió burlonamente.

—Perderán el tiempo y el dinero —aseguró—. Naturalmente, tendré que aceptar la demanda, pero como me imagino que verterán sobre mí una serie de calumnias e insidias, que luego no podrán justificar, yo plantearé después una demanda por daños y perjuicios morales. Usted, señor Baxter, está arriesgando su propio dinero, porque espera luego una sustanciosa recompensa. La única recompensa que tendrá será la de hacer compañía a Marpha, pidiendo limosna a la salida de los teatros. ¿Me ha oído bien?

—Perfectamente; se expresa usted con absoluta claridad. ¡Ah! Si piensa evitar por medios violentos que me presente ante el tribunal, olvídelo. Piense en Danny Ikai.

—No sé quién es ese sujeto.

—Ya. Tampoco sabe quiénes eran el doctor Beaton ni Artie Davenport… Por cierto, ¿qué ascendiente tiene usted sobre un importante abogado, como Kenneth DeLong para conseguir de él que diera un cigarro explosivo a Davenport?

Crolin apretó los labios.

—Ya hemos hablado bastante —dijo—. Salga de mi casa. A partir de ahora, todo lo que tenga que decirme lo hará ante el tribunal.

—No le quepa la menor duda. ¡Adiós, señor Crolin!

Baxter dejó el vaso, apenas tocado, sobre una mesa, y se encaminó hacia la puerta. Más que el diálogo con Crolin le preocupaba la presencia de Cynthia en la casa.

Confiaba en ella, pero ¿y si Crolin había conseguido atraerla a su bando? La maniobra de evasión realizada con el cambio de taxi no había dado el resultado apetecido. O quizá sí, pero a Crolin, lo que menos le faltaban eran espías…

Salió al vestíbulo. Los dos guardaespaldas, impasibles, le acompañaron hasta el automóvil.

En aquel momento, Crolin se asomaba a la puerta del salón.

—No quiero que me moleste nadie —ordenó—. Si necesito algo, ya os llamaré.

Los pistoleros contestaron afirmativamente. Baxter se alejaba ya en el coche hacia la verja.

Entonces, Crolin se volvió hacia Cynthia y sonrió aviesamente.

—Bien, preciosa, ahora vamos a hablar tú y yo a solas, sin testigos —dijo—. Y me vas a contar todo lo que sabes de ese tipo, ¿estamos?

Cynthia palideció. Crolin metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó una navaja, cuya hoja se desplegó con seco chasquido.

—Este pequeño instrumento es un maravilloso estimulante de la memoria —añadió.

* * *

Baxter llegó a la verja y se apeó del coche.

—Me parece que tengo una rueda escasa de aire —dijo, sonriendo.

El vigilante, curioso, se le acercó. Baxter estaba inclinado hacia una de las ruedas traseras. De pronto, el vigilante sintió un duro golpe en el estómago.

Luego el filo de una mano le golpeó velozmente detrás de la oreja derecha. Baxter recogió al individuo antes de que cayera al suelo. Después lo arrastró hacia la caseta. Arrancó el teléfono, salió fuera, cerró con llave y tiró ésta por encima de la tapia.

Acto seguido, presionó el mando de apertura de la verja, sacó el coche fuera, lo estacionó al otro lado de la tapia y volvió al interior. Protegido por la vegetación que abundaba en el jardín, avanzó cautelosamente hacia la casa.

Sin embargo, en lugar de acceder por la puerta principal, buscó una de las ventanas laterales. Los vigilantes, supuso, estarían en el vestíbulo.

Asomó la cabeza sigilosamente. Crolin estaba de espaldas a él. Su mano izquierda sujetaba a Cynthia por el cuello, en tanto que la derecha se paseaba por su mejilla, aunque sin llegar a tocarla. Aquella mano sostenía una navaja de hoja muy afilada.

Cynthia parecía muerta de terror. Baxter comprendió que la rubia

le era fiel. Pero ¿cómo diablos había llegado hasta allí?

Alzó el bastidor, poco a poco, y pasó al interior de la sala. Cynthia le vio y él se puso un dedo en los labios. Paso a paso, Baxter se acercó al dueño de la casa.

En el último instante, Crolin pareció presentir una presencia extraña en el salón y empezó a volverse. De pronto, dos manos golpearon de filo su cuello, bajo las orejas.

Crolin creyó que le cortaban la cabeza. Luego todo se hizo negro para él. Baxter lo recogió en sus brazos y lo condujo a un diván.

—Vámonos, Cynthia —dijo en voz baja.

Ella inspiró profundamente.

—Has llegado a tiempo —murmuró.

—No hagas ruido, nadie sabe que estamos aquí.

Cynthia recogió, al vuelo, su bolso. Baxter la condujo hasta la ventana. Saltó al otro lado y la ayudó a poner los pies en el suelo.

Baxter tiró de la mano de Cynthia. De pronto, cuando estaban a la mitad del recorrido, oyeron unos fuertes gritos.

—¡Nos han visto! —se aterró ella.

—¡Corre! —gritó Baxter.

Uno de los vigilantes, en la puerta, sacó su pistola. El otro le golpeó la mano.

—No hagas ruido, estúpido —dijo—. Trae el coche.

Baxter y la joven estaban ya a cuatro pasos de la verja, cuando, de pronto, oyeron a lo lejos el rugido del motor de un automóvil que arrancaba a toda velocidad. Baxter empujó a Cynthia y le hizo cruzar la entrada.

El coche de los guardaespaldas enfilaba ya el sendero que conducía a la puerta. Baxter aguardó hasta el último instante.

Su mano presionó el botón del control de cierre de la verja, que empezó a deslizarse sobre sus carriles. Baxter saltó fuera, justo cuando la verja estaba a un metro de su punto de cierre.

El conductor del otro coche vio la maniobra y quiso frenar desesperadamente, pero había adquirido ya demasiada velocidad y no pudo evitar la colisión. El morro del vehículo chocó estruendosamente contra la verja, que se combó, como consecuencia del impacto. Hubo un enorme ruido de hierros doblados y vidrios rotos. Luego, dos hombres, tambaleándose, abandonaron el automóvil, impotentes para perseguir a la pareja que escapaba ya a toda velocidad.

—Budd, no sabes cuánto te agradezco…

Baxter emitió un gruñido.

—Cynthia, ¿te has vuelto loca?

—¡Oh, yo quería ayudarte…! Llamé por teléfono a

Crolin y le dije que tenía ganas de estar un rato con él… Crolin aceptó encantado…

—Pero tú no te imaginabas siquiera que él ya sabía que tú eres mi confidente.

—¿Cómo iba a suponer…?

—Con un hombre como Crolin, cualquier cosa que te imagines puede hacerse realidad. Yo no te dije que vinieras a espiarle, ¿comprendes?

—Budd, creo que tú no me has comprendido del todo.

Baxter volvió la cabeza un instante.

—Viniste a sonsacarle y pudiste acabar con la cara hecha trizas —masculló.

—Eso es cierto, pero yo quería comprobar una cosa.

—Bueno, explícate de una vez…

—Eres torpe, ¡caramba! Lo que yo quería saber es si reaccionaba… a mis encantos.

—¡Ah! —murmuró él—. ¿Has conseguido algo?

—¡Psé…! Un par de besos, un mordisqueo en la oreja, cuatro pellizcos… Pero eso no significa nada, Budd.

—¡Ya entiendo! Bueno, si no hemos conseguido nada, al menos tampoco te ha hecho daño. Ahora lo peor de todo es que no puedes volver a tu casa.

—En la tuya tendrás una habitación para huéspedes, supongo —dijo Cynthia, entusiasmada.

—Sí, pero está ocupada. Ya te buscaré un buen alojamiento, no te preocupes.

Cynthia, desilusionada, se hundió en el asiento. Baxter sonrió y le dio un pellizco en el muslo izquierdo.

—Piensa en los pendientes —aconsejó.

Cynthia empezó a sonreír.

—Todavía siguen allí —dijo.

—Los tendrás —aseguró Baxter.

Capítulo XI

POR la mañana, cuando estaba desayunando con Marpha, sonó el teléfono. Koye levantó el aparato y luego lo tendió hacia Baxter.

—Para usted, señor.

Baxter se acercó el teléfono a la oreja.

—Soy Crolin. Voy a presentar una demanda contra usted por daños materiales en mi propiedad.

—Muy bien —contestó el joven, impasible—. Le daré el nombre y dirección de mi abogado.

Crolin se desconcertó.

—Pero ¿usted no es…?

—Lo soy solamente en el caso Still-Brown contra Crolin. En lo que se refiere al coche estropeado y a la verja inutilizada, entiéndase usted con mi abogado. Repito que le daré su nombre y dirección. Usted puede enviarle la factura por los daños. El importe será abonado puntualmente.

—Escuche, Baxter —dijo Crolin—. Voy a olvidar este asunto. Quiero establecer un arreglo con usted… y su cliente. Fije una suma prudencial y olvidaremos el caso.

—No hay arreglo, Crolin. La única solución estriba en una sentencia judicial. Favorable a mi cliente, por supuesto.

—Baxter, ganaré el pleito. Después acabaré con usted y con esa vieja repugnante, ¿me ha oído?

—Con toda claridad, lo que me hace pensar que la señora Still-Brown tiene toda la razón del mundo. Habla usted como lo que es: el jefe de una cuadrilla de forajidos. El niño no será como su padre, créame.

Baxter colgó el teléfono secamente. Miró a Marpha y sonrió.

—Era Crolin —dijo.

—He oído gritos, pero no he conseguido entender nada —observó ella—. Parecía muy furioso.

—Tan furioso como si se hubiese sentado sobre la plancha de la cocina en el momento de poner la carne a asar, —rió Baxter.

Marpha hizo un gesto pesimista.

—Temo que no conseguiremos nada —murmuró.

—Los periódicos ya traen la noticia. El asunto empieza a hacer ruido, no te preocupes.

Baxter trataba de animar a Marpha, pero, en realidad, sabía que el

asunto no iba a resultar tan fácil como aseguraba. Por el momento, todos los triunfos estaban en manos de Crolin.

Y a menos que demostrase su culpabilidad en alguno de los asesinatos cometidos, el resultado del pleito podía adivinarse fácilmente.

Durante los dos días siguientes, las llamadas telefónicas de los periodistas resultaron innumerables. Baxter denegó cortésmente hacer declaraciones, alegando que cualquier cosa que dijera, por insignificante que fuese, podía perjudicar a su cliente. En él tribunal se diría todo, contestaba invariablemente. En cuanto a Marpha, tenía prohibido tocar el teléfono para nada.

Koye vigilaba la puerta constantemente. Nunca abría a nadie que dijese ser periodista. Una vez, un reportero quiso colarse, con una cesta de provisiones, pero Koye lo advirtió a tiempo y le dio con la puerta» en las narices.

Gray, por su parte, se sentía pesimista.

—Te has metido en un buen lío —dijo, a los tres días de divulgarse la noticia—. Fracasarás lamentablemente y causarás una gran decepción a tu amiga.

Baxter sonrió mefistofélicamente.

—La publicidad sobre el caso tiene sus motivos —alegó—. El asunto está haciendo mucho ruido y eso es lo que me interesa. Por cierto, ¿hiciste lo que te pedí el otro día?

—Todo está preparado… a costa de una exorbitante cantidad de dinero…

—Marpha pagará, de buen grado, la factura.

—Si consigue rescatar al nieto, claro.

—Eso está hecho, Denis.

Cuatro días más tarde sonó el teléfono. Koye levantó el aparato:

—Residencia del señor Baxter —dijo.

—Soy John Solatti.

Koye se puso rígido en el acto. Sabía que aquel nombre era vital para su amo.

—Señor…

Baxter estaba muy enfrascado repasando un libro de leyes y alzó la cabeza al oír la voz de Koye.

—¿Tim?

El índice de Koye señaló el teléfono.

—Solatti —bisbiseó el criado.

Baxter tiró el libro a un lado y se puso en pie de un salto.

—Hable, señor Solatti —invitó.

—¿Es usted Baxter?

—El mismo. Hable, se lo ruego.

—Bien, he leído los periódicos… No voy a decirle dónde estoy, pero sí quiero darle una información de importancia. Nos hemos enterado de que está luchando contra Crolin. Bien, los Solatti queremos ayudarle.

—Magnífico. ¿Qué es lo que tiene que decirme?

—El doctor Malvin vive en Vero Beach, Florida. Él puede darle unos detalles muy valiosos sobre Crolin.

—Quizá no quiera…

Solatti se echó a reír.

—Usted es abogado, ¿y no sabe cómo hacerle comparecer ante un tribunal? —exclamó.

—Pues… sí, tiene usted toda la razón, amigo Solatti.

—Bien, eso es todo. Cuando haya hablado con el doctor Malvin, comprenderá por qué los Solatti no queremos que nuestro nombre figure en este caso. ¡Adiós, señor Baxter!

El joven colgó el teléfono. Estuvo unos instantes pensativo y luego volvió a levantarlo, para llamar a Gray por la línea ordinaria.

—Denis, salgo para el aeropuerto —dijo—. Avisa al piloto.

—Está bien. ¿Cuál es tu destino?

—El aeródromo más cercano a Vero Beach, Florida.

La sala estaba atestada de público, ávido de conocer el desarrollo de un juicio, cuyas características habían sido divulgadas ampliamente en la prensa, radio y televisión. La demanda de una mujer que reclamaba la custodia de su nieto basándose en la supuesta incapacidad del padre, como autor de actos ilegales, había apasionado a la opinión.

Los periodistas tenían sus blocs a punto. El juez había prohibido severamente tomar fotografías o grabaciones de cuanto se dijera ante el tribunal. Un par de dibujantes hacían apuntes de los principales protagonistas.

El juicio se inició con las formalidades de rigor. Crolin estaba en su sitio, flanqueado por DeLong y su secretario. En los labios de Crolin lucía una sonrisa de triunfo anticipado.

DeLong se levantó y dijo:

—Señoría, mi cliente ha sido demandado por la señora Still-Brown, para que le conceda la custodia de su hijo, basándose en una supuesta vida irregular y llena de actos delictivos. Mi cliente, Señoría, es un hombre que tiene y dirige varias empresas, todas ellas florecientes y de, actividades absolutamente legales. Es viudo, ya que su esposa, la madre del niño objeto de la demanda murió hace cuatro años, observa una conducta irreprochable y jamás se ha visto mezclado en maledicencias ni casos escandalosos. Puesto que estos datos son fáciles

de comprobar por ese honorable tribunal, ruego a su Señoría un dictamen denegatorio de la demanda planteada contra mi cliente. Después, si mi cliente lo juzga conveniente, presentará una demanda contra quienes le han traído aquí, a este tribunal, con el solo objeto de difamarle y manchar con absurdas calumnias una vida intachable. Pero esto, por el momento, es secundario; lo importante es que la demanda sea desestimada. Eso es todo, Señoría.

Los ojos del juez se volvieron hacia la mesa ocupada por Baxter y Marpha.

—El abogado de la parte demandante tiene la palabra —dijo—. Ha solicitado que se atribuya a su cliente la custodia del menor y deberá probar que el padre es indigno de dicha custodia. ¿Está preparado?

Baxter se puso en pie.

—Sí, Señoría —contestó—. Pero lo primero que debiéramos preguntarnos al hallarnos ante el honorable tribunal, es si el demandado es realmente padre de Anthony Crolin, nacido de su unión matrimonial con Fraser Still-Brown, hija de mi defendida.

DeLong se puso en pie de un salto.

—¡Protesto, Señoría! —clamó—. El abogado de la demandante ya no sabe a qué recurrir para conseguir difamar aún más a mi cliente. El niño es hijo de Jerry Crolin…

El juez extendió una mano.

—Señor Baxter, acaba usted de pronunciar unas palabras gravísimas —dijo—. Es preciso que pruebe sus afirmaciones o, de lo contrario, estimaré inmediatamente una demanda por calumnia.

—Señoría, hijo legal, es decir, inscrito en un registro por sus padres, no es lo mismo que hijo físico. El menor fue inscrito, efectivamente, como hijo del demandado, pero eso, repito, no significa que él sea su padre. Sencillamente, voy a probar que él no lo engendró en el vientre de su difunta esposa.

El juez parpadeó.

—Supongo que será una prueba irrefutable —dijo.

—Desde luego, Señoría. Ruego a ese honorable tribunal que se sirva ordenar que comparezca, como testigo, el señor Jason Malvin, doctor en medicina.

La mano del juez se movió hacia el alguacil. Baxter se volvió, a medias, hacia la mesa ocupada por Crolin y sus abogados. Crolin aparecía hundido en su silla.

DeLong, por el contrario, estaba muy desconcertado. Baxter le vio inclinarse hacia su cliente. Crolin le contestó con un furioso ademán.

Momentos después, el doctor Malvin ocupaba su puesto en el estrado de testigos. El ujier le tomó juramento y se retiró.

Baxter se acercó al testigo.

—Doctor, quiero que declare ante este tribunal lo que sucedió la noche del veintidós de abril de mil novecientos setenta y uno. —Baxter se irguió momentáneamente—. Para conocimiento del tribunal, añadiré que el enlace matrimonial del señor Crolin y la señorita Still-Brown se celebró tres meses más tarde de la fecha mencionada.

—Está bien —dijo el juez—. Doctor Malvin, conteste a la petición del señor Baxter.

—Ésa noche yo estaba en casa, descansando. Alguien llamó al timbre de la puerta. Cuando abrí, me encontré a un hombre casi desmayado. Estaba herido y le asistí. Había perdido bastante sangre, pero era fuerte y resistió la hemorragia. Mientras le curaba, con anestesia local, me pidió que no dijera a nadie lo sucedido. Yo lo tuve en casa un par de semanas, oculto, debido a su insistencia en callar lo que había pasado. Luego le di de alta y…

Baxter se inclinó hacia adelante.

—Doctor, diga al tribunal la naturaleza de las heridas sufridas por el demandado —pidió.

Malvin se contempló los zapatos durante unos instantes. El silencio en la sala era absoluto.

—Si el señor juez lo permite, yo preferiría no divulgar públicamente… Diría lo qué le pasó, reservadamente…

Baxter miró al juez. Este hizo un gesto negativo.

—Aquí se está dilucidando la custodia de un menor —dijo el juez—. Es preciso que mi sentencia esté basada en hechos que todo el mundo conozca, a fin de que nadie pueda reprochar, más adelante, a este tribunal, un acto de parcialidad. Doctor Malvin, le ordeno que declare la naturaleza de las heridas de que curó al señor Crolin.

—Estaba castrado, Señoría.

* * *

La sala era una explosión de gritos. El mazo del juez subía y bajaba incesantemente. Nadie le hacía el menor caso. Los periodistas se amontonaban ante la mesa ocupada por Crolin y DeLong.

Sentada, Marpha tenía los codos sobre la mesa y la cara tapada por las manos.

—Ese miserable… ¿Cómo pudo casarse con mi hija, si no era ni hombre? —murmuró.

En su estrado, Malvin aparecía aturdido. Al fin, el juez, ayudado por los alguaciles, consiguió restablecer el orden.

DeLong se puso en pie.

—Señoría, mi cliente se siente indispuesto —dijo—. Ruego a ese honorable tribunal que le permita abandonar la sala; yo me quedaré

aquí para representarle.

Wilbur Farrabee, juez, hizo un gesto afirmativo. Crolin, envuelto en sus hombres, se marchó a trompicones. De nuevo hubo otro jaleo, pero duró menos.

Farrabee movió la mano.

—Deseo hablar a solas con los abogados —dijo—. Alguacil, usted custodiará al testigo hasta que haya tomado una decisión.

—Sí, Señoría.

El juez fue a su despacho, seguido por Baxter y DeLong. Farrabee miró, furiosamente, al segundo.

—Usted debiera haberse ahorrado este enojoso incidente, cediendo a la demanda de la señora Still-Brown. Podían haberse arreglado los dos, para la custodia conjunta del menor…

—Señoría, juro a usted que ignoraba la mutilación de que fue objeto mi cliente —declaró DeLong—. Jamás él mencionó nada; ni siquiera a los más allegados. La primera noticia que he tenido de su terrible desgracia ha sido hace unos momentos.

—Y usted, señor Baxter, ¿cómo lo supo?

—Investigando, Señoría.

—Ha demostrado ser listo, pero tal vez poco compasivo —dijo Farrabee, aceradamente—. Siento no tener otro remedio que sentenciar en contra del demandado, pero usted debiera haber hecho un arreglo antes de llegar a estos extremos.

—Señoría, si hubiese encontrado pruebas de otros delitos que ha cometido, Crolin estaría preso por asesinato, incluso el de su propia esposa. Yo también lamento haber tenido que sacarle a la vergüenza pública, pero él no me dejó otra opción.

—Pero si sabía que no podía tener hijos, ¿cómo pudo casarse? —se extrañó el juez.

—En primer lugar, era un matrimonio conveniente para él, en el doble aspecto social y económico. Y, en segundo lugar, Crolin ansiaba desesperadamente perpetuar su estirpe, aunque el niño que hoy lleva su apellido no fuese su hijo. El apellido, le importaba, sobre todo… que la gente creyera que un día, el niño, sería su sucesor. Ese era su auténtico interés.

Farrabee frunció el ceño.

—El doctor Malvin lo curó y calló. ¿Por qué?

—Posiblemente, por compasión, pero también porque Crolin le ofreció una gran suma por su silencio y para que se marchase de Nueva York. Y, aunque no puedo probarlo, es posible también que le amenazase de muerte, si no aceptaba sus proposiciones. En fin, eso es algo que la policía deberá averiguar, si su Señoría cree oportuno llevar esta parte del caso, adelante.

—Me lo pensaré —contestó el juez—. También resultaría interesante conocer al autor de la mutilación.

Baxter guardó silencio. En cierto modo, comprendía a los Solatti.

Al cabo de unos segundos, Farrabee dijo:

—Señor DeLong, informe a su cliente de que voy a expedir una orden para que entregue el menor a su abuela materna. Infórmele también de que no se resista a cumplir la orden o lo encerraré por desacato.

DeLong se inclinó.

—Así lo haré, Señoría —contestó.

Capítulo XII

LLOVIZNABA, cuando el «Cadillac» se detuvo en la pista, junto al avión que Baxter tenía alquilado desde hacía días. El piloto estaba al pie de la escalerilla y se llevó la mano a la gorra al verle llegar.

—Todo en orden, señor Baxter.

—Gracias. Ya conoce el rumbo y el punto de destino. ¿Ha calculado el tiempo?

—Sí, señor. Estaremos en el aeropuerto de destino a las seis y media de la madrugada, salvo inconvenientes.

—Ojalá no se produzcan —sonrió el joven, a la vez que ponía el pie en el primer peldaño. Antes de acomodarse en la butaca del pequeño reactor, dijo—: Apenas estemos en vuelo, avise al helicóptero.

—Descuide, señor Baxter.

El piloto ocupó su puesto. El copiloto había revisado ya todo y el aparato estaba listo para despegar. Segundos más tarde, las ruedas empezaron a deslizarse por la pista espejeante.

Junto al coche, Koye contempló las luces del avión que se empequeñecían, hasta perderse en la oscuridad de la noche. El rugido de los reactores se extinguió también rápidamente.

—Suerte, jefe —murmuró el fiel sirviente.

Baxter, en efecto, necesitaría tener suerte, porque, a pesar de haber conseguido una sentencia favorable, no había librado todavía la última batalla.

Una vez que el avión alzó el vuelo, Baxter consultó su reloj. Había tiempo de sobra. Crolin no tenía a su hijo precisamente a un paso de Nueva York.

Bajó el respaldo del asiento y estiró las piernas. La única azafata se le acercó cuando el piloto dio la señal de que podían quitarse los cinturones.

—¿Desea algo, señor? ¿Té, café…?

Baxter sonrió y movió la cabeza negativamente.

—Muchas gracias, señorita —contestó—. Lo único que necesito es dormir un poco. He llevado unos días muy agitados, ¿sabe? Por favor, despiérteme a las seis en punto, hora local, claro.

—Bien, señor.

A la hora mencionada, Baxter se aseó brevemente y tomó algo de café y un par de tostadas. A las seis y treinta, hora de Phoenix,

Arizona, el avión ponía sus ruedas en el suelo de la pista de aterrizaje.

Baxter no perdió el tiempo. Apenas se detuvo el pequeño birreactor, saltó al suelo.

—Téngalo todo listo. Volveremos hoy mismo a Nueva York —ordenó a los pilotos.

Un hombre avanzó hacia él.

—¿Señor Baxter? Soy Jim Mesa. El helicóptero está preparado.

—Muy bien, Jim. —Baxter miró, sonriendo, al piloto. Era joven y de rostro atezado—. Si todo está listo, no perdamos tiempo.

—Por aquí, señor —indicó Mesa—. No obstante, he de decirle que ese sitio al que vamos a ir es propiedad privada…

—Jim, yo cargo con toda la responsabilidad.

—Bien, señor.

El helicóptero levantó el vuelo momentos más tarde. Baxter, sentado junto al piloto, pudo contemplar bien pronto el paisaje de Arizona. La zona desértica se deslizaba velozmente bajo ellos. Mesa dijo que alguna vez había hecho un viaje a Castle Rock.

—Después, el señor Crolin contrató a otro piloto. Un día me dijo algo que no me gustó y lo envié al diablo. Es un hombre amargado… aunque ahora, después de saber lo que le pasó, lo comprendo todo. Créame, le compadezco.

—Sí, es digno de compasión —admitió Baxter.

Treinta minutos más tarde, el helicóptero evolucionó sobre una eminencia rocosa que sobresalía de la llanura. A lo lejos, espejeante, se veía la presa Horseshoe. Sobre la montaña, que tenía la mayor parte de sus laderas cortadas a pico, se veía una casa de rojos tejados. Había árboles y una piscina rodeada de césped.

—Caro capricho —comentó Baxter, mientras Mesa hacía que el aparato evolucionase sobre la cima del cerro.

—Los ricos se lo pueden permitir todo —comentó el piloto—. Bien, cuando quiera, señor Baxter.

—Abajo, Jim, pero recuerde; usted ha de aguardarme en la llanura hasta que le haga la señal.

—Sí, señor.

El helicóptero descendió verticalmente, con gran lentitud, hasta quedar a dos metros del suelo. Baxter saltó y se alejó corriendo, mientras el helicóptero volvía a elevarse de nuevo.

Entonces, dos personas salieron de la casa. Kissel apuntó con su pistola al recién llegado.

—¡Quieto, Evans! —ordenó Crolin, a la vez que extendía la mano.

Baxter avanzó hacia los dos hombres.

—Crolin, he venido a que me entregue el niño —arguyó—. Traigo

un mandato judicial. Por favor, le pido que no se resista. Entrégueme a Tony y todo irá bien.

* * *

La pistola de Kissel continuaba apuntando al pecho de Baxter. Crolin estaba terriblemente pálido.

—¿Cómo supo que Tony estaba aquí? —preguntó.

—He investigado a fondo. Sin embargo, no he podido encontrar pruebas de sus crímenes. Se quedará sin el niño, pero libre.

—Pagué a Malvin para que no hablase… Debí haberle matado, entonces —dijo Crolin rabiosamente.

—Malvin, en el fondo, estaba harto del barrio en que vivía. Por eso aceptó el dinero que usted le entregó y que le permitió establecerse en Vero Beach. En cuanto a la mutilación que sufrió, si bien lo deploro muy sinceramente, más de lo que cree, usted mismo tuvo la culpa.

—¡Esos asquerosos italianos…! —gritó Crolin descompuestamente —. El día en que los encuentre, haré que los maten uno a uno… Me agarraron entre todos… El padre tenía la navaja de afeitar… Otro me tapó la boca…

—Lo mismo que usted se la tapó a Jeannie Solatti, cuando la violó.

Crolin miró a Baxter con ojos extraviados.

—Ella me enloqueció… Coqueteaba conmigo… Un día perdí la cabeza…

—Usted podía disponer de mujeres. ¿Por qué cegarse con una sola, aunque fuese muy hermosa? Debiera haberlo pensado, antes de cometer esa repugnante acción. Debiera haberse fijado un poco más en el apellido de la muchacha, haber recordado que tenía un padre y cuatro hermanos dispuestos a todo, en especial cuando supieron que usted no daría su apellido a la joven ofendida. Algunos latinos tienen un sentido muy particular del honor; Crolin.

—Los encontraré, juro que los encontraré…

—¿Usted? Han pasado cinco años y no ha sabido dar con ellos, por más esfuerzos que, me imagino, ha realizado. En su lugar, yo trataría de olvidarla los Solatti, aunque ya pienso que es algo muy difícil de conseguir. Se lo repito, Crolin, lamento muy de veras lo que le sucedió y le compadezco de corazón, pero quiero que me entregue al niño. Que no es hijo suyo, recuérdelo.

—Lleva mi apellido. Continuará la estirpe…

—Vamos, hombre, todo el mundo lo sabe ya en el país. ¿Cree que el chico no se enteraría muy pronto? En cuanto empezase a ir al colegio con otros niños, oiría ya cosas muy crudas sobre usted… ¡Por favor, Crolin, no se resista!

—Voy a matarle, Baxter —dijo el interpelado con ojos llameantes —. Esta será mi venganza y luego huiré con Tony, ¿comprende? Nadie nos encontrará jamás, se lo juro.

—No podrá escapar. Sólo hay un helicóptero disponible, allá abajo, en la llanura. Aunque llame a Phoenix, no vendrá otro helicóptero. Y si escapa en su coche, el piloto que me aguarda avisará inmediatamente a la policía. Lo tiene perdido, reconózcalo.

Crolin se pasó una mano por la cara, brillante a causa del sudor.

—Debí haber ordenado que lo liquidasen el primer día… Me habría ahorrado muchos disgustos —jadeó.

—Tal vez debió enviar a Leon y a Dealey a mi casa en lugar de enviarlos contra Beaton. Por cierto, ¿qué le impulsó a liquidar a Beaton?

—Trataba de hacerme chantaje. Fraser fue a visitarle un par de veces, para comprobar su estado.

—Bueno, eso no tiene nada de malo. Toda mujer, cuando queda embarazada, visita al médico…

—Ella se hizo pasar por la señora Robbins.

Las cejas de Baxter se levantaron en el acto. Ahora lo comprendía; ahora quedaba aclarada la desaparición de todos los documentos de Beaton.

—Entonces, *el Bello* Billy…

—Sí —admitió Crolin, de mala gana—. Él era el padre de Tony y el único que sabía lo que me había sucedido. ¡Yo quería un heredero, Baxter! Por encima de todo, quería que mi apellido se perpetuase…

—Pero Fraser tenía que enterarse, a la fuerza, de que el hombre que estaba a su lado, en el lecho conyugal, era su esposo —alegró Baxter.

—Robbins iba cuando ella había apagado ya la luz. De todas formas, sólo fueron unas cuantas ocasiones. Luego…

—Luego, Robbins empezó a sentirse superior y tal vez pensaba ocupar su puesto, ¿no es así? Murió a los cuatro meses de su boda, cuando ya se sabía que Fraser iba a tener un niño.

Crolin hizo un gesto de asentimiento.

—No era tan leal como yo creía —contestó.

Baxter meneó la cabeza. «¿Cómo pudo creer este hombre que Robbins le seguiría siendo fiel? —pensó—. El ciego orgullo de la raza, no había otra explicación.»

—Y luego, Fraser murió de una manera muy conveniente, puesto que diez millones de dólares pasaron a su poder, aparte de conseguir situarse en una posición social muy conveniente —dijo.

—Ella se había enamorado de mí —respondió Crolin, fríamente.

—Sin embargo, era un engaño que no podía mantener

indefinidamente.

Crolin sonrió.

—¿Cree que ella lo habría divulgado?

—Es posible que no —convino Baxter—. Pero tal vez el horror de la situación en que vivía, la vergüenza de sentirse fracasada en su amor y frustrada como mujer, la impulsaron a cometer locuras y acabó trágicamente. Acaso usted no intervino en el accidente, pero tampoco lo lamentó demasiado, ¿verdad? Ya tenía lo que quería…

—¡Basta! —cortó Crolin—. Baxter, usted va a sufrir ahora un accidente. Al otro lado de la casa, hay un mirador, desde el que puede contemplarse un hermoso panorama. Usted sintió la tentación de ver el paisaje, sufrió vértigo… y cayó al vacío. Sencillo, ¿verdad?

—En apariencia, así es —sonrió Baxter.

—Evans —dijo Crolin secamente.

Kissel avanzó un par de pasos.

—Vamos, camine —ordenó.

Baxter giró un cuarto de vuelta a su derecha y empezó a andar, flanqueado por los dos hombres. Rodearon la casa y llegaron a la explanada posterior, en la que había un parapeto de piedra natural, situado junto al borde del derrumbadero.

En aquel punto, las paredes del cerro caían a plomo durante cincuenta o más metros. Luego se iniciaba una pendiente, muy fuerte todavía, sin embargo, que acababa confundiéndose con la llanura a unos ciento veinte metros más abajo.

Realmente, era una vista impresionante. Desde aquel punto, Baxter podía divisar el río Verde, con el embalse Horseshoe, las Black Hills, Monte Ord, Baker Butte y North Peak y, hacia el Este, los embalses Roosevelt, como final de la Cuenca del Tonto. Las puestas de sol debían de ser algo maravilloso, contempladas desde aquel inigualable mirador.

De pronto, Kissel hizo presión con su pistola en el costado de Baxter.

—¡Salte! —ordenó.

El parapeto no era demasiado alto. Incluso podía servir de banco. Baxter miró hacia abajo una vez más.

La pistola de Kissel se apoyaba en su costado izquierdo. De nuevo el hampón repitió su orden:

—¡Salte!

Entonces, con movimiento velocísimo, Baxter golpeó la mano armada con el codo, una vez iniciado el giro.

Era una variante un tanto peculiar de la cuarta *Kata*, segunda serie de judo, el *Sode-Tori* o presa en la manga. Pero Baxter no sentía el menor interés por apresar la manga de la chaqueta de su adversario.

Con el mismo movimiento, golpeó la rodilla de Kissel con el talón izquierdo, haciéndole perder el equilibrio. Una fracción de segundo después, y ante la estupefacción de Crolin, Kissel daba una voltereta en el aire.

El sujeto lanzó un colérico gruñido. Cayó al suelo de espaldas y, entonces, su codo golpeó contra el pavimento. La sacudida hizo que el índice presionase el gatillo de la pistola.

Crolin dio un salto hacia atrás, a la vez que se llevaba ambas manos al pecho. Mientras Baxter desarmaba a Kissel de un seco puntapié, Crolin caía de espaldas.

Un horripilante alarido brotó de sus labios al darse cuenta de la suerte que iba a correr. Baxter se volvió, pero ya sólo pudo ver las piernas de Crolin que batían furiosamente el aire.

Saltó hacia adelante. Crolin caía, volteando como un gran pájaro herido de muerte. Treinta metros más abajo, su cuerpo chocó contra un saliente y rebotó. Luego siguió rodando por la pendiente, envuelto en polvo y escombros rocosos, hasta detenerse a más de cien metros de distancia.

Kissel, aturdido, no acertaba a reaccionar. Baxter sacó un pañuelo y se apoderó de la pistola.

—Le acusarán de la muerte de Crolin —dijo, severamente.

* * *

El niño jugaba en el césped, con una gran pelota de vivos colores. Sentados junto a una mesa, bajo una sombrilla, Baxter y Marpha Still-Brown tomaban un refresco.

—Echará de menos a su padre —suspiró ella.

Baxter movió la cabeza.

—A decir verdad, Tony lo había visto muy pocas veces. Por mucho que alegase, Crolin no había llegado a convertirse para él en un auténtico padre.

—No lo era…

—Si le hubiese querido de veras, si hubiese buscado algo más que la perpetuación del apellido, podría haber sido para él lo que todo padre debe ser para su hijo… aunque ese hijo no sea realmente fruto de su unión con una mujer. El mero hecho de engendrar un nuevo ser no convierte necesariamente a un hombre en padre.

Marpha asintió lentamente.

—Para él, sobre todo, no había otra cosa que el orgullo de su raza —dijo.

—Y ese orgullo le perdió, al fin. Marpha, te enviaré una factura muy crecida —dijo Baxter.

—La pagaré sin rechistar. ¡Ah!, todavía quedan muchos asuntos pendientes; la herencia uno de ellos…

—Esa labor queda para tus abogados —rechazó Baxter la oferta apenas insinuada—. Yo ya he hecho lo más importante.

Se puso en pie y miró sonriendo a la mujer. El aspecto de Marpha había cambiado notablemente. Había paz y dulzura en su rostro, enmarcado por unos cabellos cuyas vetas grises no había hecho el menor esfuerzo por disimular.

Se inclinó hacia adelante y la besó en una mejilla.

—¡Adiós, Marpha!

—Dios te bendiga, Budd —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Pocos días más tarde, Baxter se sentó ante la pantalla del televisor, en su cuarto de comunicaciones, y enseñó algo a Denis Gray.

—Para que esta noche puedas dormir tranquilo —arguyó.

—Bueno, no siempre vas a ir por este mundo haciendo el papel de Robin Hood o de Don Quijote. Me parece bien que ayudes a la gente y que seas generoso, pero todo tiene un límite. Vamos, creo yo —contestó Gray.

—Tengo que darte la razón, Denis —sonrió Baxter—. Pero, en fin, Marpha era una buena amiga… Supongo que habrás hecho guardar todos los recortes de prensa relativos al caso.

—Desde luego. Budd, quisiera hacerte una pregunta.

—¿Sí, Denis?

—Tienes un negocio floreciente, que marcha maravillosamente. Cada día tenemos más demanda… pero, ¿piensas seguir jugando a los detectives?

—Budd, he actuado sólo para ayudar a una buena amiga. Yo sólo tengo un cerebro, un corazón, dos brazos, dos piernas… Si quisiera ayudar a todo el mundo, tendría que multiplicarme por mil, o un millón o mil millones… No soy, ni quiero ser, detective privado, pero, en alguna ocasión, alguien necesitará de cierta ayuda que nadie quiera o pueda concederle. ¿Has comprendido?

Gray suspiró.

—Te he comprendido demasiado bien —repuso—. Pero ten en cuenta que el mundo está lleno de injusticias y que tú solo, no puedes repararlas todas.

—Con que evite una sola, me daré por satisfecho. ¡Hasta la vista, Denis!

* * *

Los ojos de Cynthia Mac James brillaron al reconocer a su visitante.

Saltó al cuello de Baxter y estampó un sonoro beso en su boca.

—Creí que te habrías olvidado de mí —dijo—. Anda, entra, estaba a punto de meterme en el baño…

—No te prives por mí, hermana —sonrió Baxter—. Aguardaré aquí, si no tienes inconveniente.

—Ninguno, amorcito—. Cynthia echó a andar hacia el interior del apartamento, pero, de pronto, pareció recordar algo y se volvió—. Budd, ¿por qué llamaba Crolin, de vez en cuando, a algunas chicas guapas, si no… no podía?

—Debía mantener su reputación. Pero era cierto, se emborrachaba cada vez que iba alguna chica a su casa. Imagínate los motivos.

—Sí. —Cynthia hizo un gesto de pesar—. Pobre, en medio de todo, era digno" de compasión. ¡Descanse en paz!

—Lo mismo que DeLong —dijo Baxter.

—¿Cómo?

—Ha aparecido muerto en su casa. Aún no se sabe si se trata de suicidio o un ataque cardíaco. De todos modos, lo tenía muy mal con el asunto del habano explosivo, que entregó a Davenport. La policía está examinando toda la documentación de los negocios de Crolin. Tal vez salgan ahí papeles que lo comprometían gravemente.

Cynthia permaneció unos segundos inmóvil, bajo el dintel de la puerta. Luego emitió una alegre sonrisa.

—Estaré lista lo más pronto posible, querido —aseguró.

Media hora más tarde, salió, ataviada con una espectacular bata de encajes de color rojo fuego. La ropa interior que había debajo era negra, de tejido finísimo.

—Budd, ¿te gusto…?

Cynthia se interrumpió bruscamente, a mitad de la vuelta que había iniciado para hacer ostentación de sus encantos.

La sala estaba vacía. Sobre la mesa, divisó una caja de forma rectangular, negra, cuyo interior se hallaba forrado de terciopelo también negro.

La caja llevaba la marca de Tiffany's. Los pendientes de esmeraldas brillaban con cegadores destellos.

Había una nota junto a la caja:

«En recuerdo de las horas de amor que fueron.»

Firmaba la nota B. B.

Los ojos de Cynthia se llenaron de lágrimas. Le gustaban los pendientes, pero, en aquellos momentos, los hubiera cambiado gustosamente por una hora con Budd.

—Aunque fuese un minuto…

Pero era un imposible. Budd Baxter había estado en su vida y

había salido de ella. Ya no era más que un agridulce recuerdo.

—Las horas de amor que fueron… ya no serán —argumentó, resignada a lo inevitable.

Con la mano, tiró un beso al aire.

—¡Suerte, *Budd* Baxter! —le deseó.

FIN

PARA TÍ, MUJER:
PARA TÍ QUE ERES SENSIBLE
AL SUFRIMIENTO AJENO:

¡LORENA!

EL PRIMER SERIAL ESCRITO POR
TU AUTORA PREFERIDA,

Corin Tellado,

QUE CONMOVERÁ LAS FIBRAS MÁS
SENSIBLES DE TU SER. *

¡LORENA!

SIGUE SUS VICISITUDES A TRAVÉS DE
LAS 65 EMISORAS DE LAS CADENAS
REM - CAR Y CES, Y EN LOS
EPISODIOS CON FOTOGRAMAS QUE
APARECEN TODAS LAS SEMANAS.

¡LORENA NECESITA TU COMPASION!
¡AYUDALA EN SU DESESPERADA LUCHA
POR DEFENDER SU VIRTUD ACOSADA!

UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.